



Sus mejores versos: Dolores; Horizontes

Federico Balart

prólogo de Baldomero Argente

Índice

- Sus mejores versos
 - Prólogo
 - Preludio
 - Primer lamento
 - Soledad
 - Compañía
 - Puntos de vista
 - Exequias
 - Resignación
 - Luz y sombra
 - A Federico
 - ¡....!
 - Ansiedad
 - La última tabla
 - Ultra
 - Desengaño
 - Citación
 - Las campanas
 - Humildad
 - Cuatro tablas
 - Mensaje
 - Aniversario
 - Valle-hermoso
 - Desde el promontorio

- [En todas partes](#)
- [Tres años](#)
- [El sauce y el ciprés](#)
- [Semper et ubique](#)
- [A la muerte](#)
- [A media noche](#)
- [Insomnios](#)
- [Desaliento](#)
- [Fe](#)
- [Ofrenda](#)
- [Nostalgia](#)
- [Recuerdo](#)
- [Fuensanta](#)
- [Aspiración](#)
- [Reliquias](#)
- [Restitución](#)
- [Preludio](#)
- [Meditación](#)
- [Fuerza y bondad](#)
- [El toque de oración](#)
- [Quietud](#)
- [Per umbras](#)
- [En un álbum](#)
- [A mi amigo C***](#)
- [Consolación](#)
- [Después de una lectura](#)
- [Cumpleaños](#)
- [Dos milagros](#)
- [Abril](#)
- [La golondrina](#)
- [Mujeres y rosas](#)
- [Reverberación](#)
- [Diálogo](#)
- [Explorando](#)
- [Deus Ignotus](#)
- [In excelsis](#)
- [Exhortación](#)
- [Consejo](#)
- [Salutación](#)
- [Pareja mixta](#)
- [Dos cetros](#)
- [Brindis](#)
- [Agua y arena](#)
- [A una maga](#)
- [Enero](#)
- [A un pobre](#)
- [A una ciega](#)
- [Testigo molesto](#)
- [Abatimiento](#)
- [Encuentro](#)

- [Compasión](#)
- [Nictalopía](#)
- [Dos tronos](#)
- [A X***](#)
- [Todo relativo](#)
- [Sueño dorado](#)
- [En la montaña](#)
- [Después de la borrasca](#)
- [Ceniza](#)
- [Calmante](#)
- [Confidencia](#)
- [El progreso](#)



Índice alfabético

- [Abre al amor el alma,](#)
- [Al cabo de seis años de agonía](#)
- [Al hacer, niña, tus ojos,](#)
- [Ángel santo de mí guarda,](#)
- [Arroyo que, en las alturas](#)
- [Ásperas Asturias,](#)
- [Buscar lo inmaterial con los sentidos](#)
- [Cetros y coronas...](#)
- [Charco donde hallo el sol reproducido:](#)
- [Ciencia estéril, que triunfas satisfecha](#)
- [Coro inmenso de voces rumorosas](#)
- [Cual pasos de tullido pordiosero](#)
- [Cuando abatido dejo mi casa](#)
- [Cuando, al calor del maternal cariño,](#)
- [Cuando desde la senda que triste huella](#)
- [Cuando en busca de estos mares](#)
- [Cuando en el pavimento la persiana,](#)
- [Cuando en nuestro horizonte el sol se encumbra](#)
- [Cuando severa la Historia,](#)
- [Cuando un muerto en hombros,](#)
- [¡Cumpliste tu deber! Compadecida](#)
- [De ir solos por la vida nos quejamos](#)
- [De las estrellas blasfemé iracundo,](#)
- [Desde el primer sollozo de la cuna,](#)
- [Despierta, corazón, esta es la hora:](#)
- [De tan largo padecer,](#)
- [Ella mitiga mi pena;](#)
- [El mar en su lengua](#)
- [El sol de nuestra vida](#)
- [Emblema del dolor y la amargura](#)
- [En dulce quietud extraña](#)
- [En el abismo del dolor sumido](#)
- [En la Magdalena,](#)

- ¡En mis brazos murió! Boca con boca,
- En pos de la verdad, con ansia impía
- En vano me resisto a la evidencia:
- Estas pobres canciones que te consagro,
- Este libro, que al mundo lanzado veo,
- Fue dulce como una poma,
- Guardo en un sencillo armario,
- Hay en el campanario cuatro ventanas,
- Hoy hace un año que, al morir el día
- Hoy hace un año que tu bien perdiste:
- Implacables doctores cuya ciencia,
- La campana que en grave melodía,
- La gaviota cenicienta
- La sombra por el cielo se extendía,
- Llama sin temor, anciano;
- ¡Llegó al fin lo que el alma dolorida
- Llevo en un relicario colgado al cuello
- Llevo tanta amargura dentro del alma,
- Lujosa o pobre, ligera o grave,
- más allá de los cielos estrellados,
- Midiendo mi ambición, dos tronos hallo
- ¡Mira cuál duerme, de inquietud ajeno!
- Niña que por la playa de Cartagena
- Niño que al triste fulgor
- No admiro yo la oliva que sombrea
- No ahuyentes al mendigo sin socorro,
- No prodigues tus lágrimas en vano,
- ¡No puedo más! El llanto reprimido
- No temas, no, que con esfuerzo vano
- Oye lo que, en ronco estruendo
- Para Dios no hay eventos, no hay acasos:
- Pasaron las tormentas y los ciclones
- Pasa un día y otro día,
- Pensamiento, que al cielo subes y subes,
- Quiero a solas vivir, y no consigo
- Quizá serán delirios de mi locura,
- Rozagantes, alegres, frescas, lozanas,
- ¿Sabes tú, Magdalena peregrina,
- Sabio, en verdad, muy sabio es nuestro siglo:
- Si Dios a mi vejez guarda el reposo
- Si el cielo, de noche,
- Todo, Señor, publica tu existencia;
- Tú lo sabes, Señor, mi vida entera
- Tú, que en las horas de congoja y duelo,
- ¡Un año más! Con su celaje oscuro,
- Un cántico de amor y de esperanza
- Valle-Hermoso, Valle-Hermoso,
- Ya se apaga confuso el vocerío
- Yo caminaba doliente
- Yo esperaba que Dios me dejaría

- [Yo te admiro, Señor, en la tormenta](#)
- [Yo te bañé con mi llanto,](#)
- [Yo te saludo, oh muerte redentora,](#)

Sus mejores versos

Federico Balart

△▽

Prólogo

FEDERICO BALART

Quiere la costumbre en este linaje de prefacios que se consigne un breve apunte biográfico del prologado, es innecesario para el lector. Un crítico, dedicado a aquilatar el mérito del poeta, necesitará, sin duda, conocer su historia, así como el ambiente y el momento en que escribió, porque la obra es fruto de esos tres factores según la combatida e imperecedera teoría de Taine. Para el lector corriente, ajeno a toda preocupación erudita y crítica, que busca en la poesía el eco de sus propias emociones o que sólo pide al poeta la confianza sentimental que despierte en su espíritu resonancias afines, ¿qué importa quién fuera ni cuándo o cómo viviera el autor? Sin embargo, rindiéndome a la costumbre consignaré algunos datos.

Federico Balart nació en Pliego (Murcia), el 23 de octubre de 1831. Diez y nueve años más tarde vino a Madrid y aquí comenzó su carrera de escritor publicando sus primeras críticas literarias hacia 1861 en el periódico Verdad, con el pseudónimo «Nadie». Las continuó en La Democracia, con la firma «Cualquiera». Intervino durante algunos años en la política; obtuvo cargos: fue diputado, senador,

subsecretario del ministerio de la Gobernación, consejero de Estado. Abandonó la política. Guardó silencio durante doce años. Tornó al cabo a escribir. Publicó, aparte nuevos artículos de crítica literaria, trabajos breves como El prosaísmo en el Arte y Novedades de antaño. Lo llamó a sí la Academia de la Lengua en 1891. Fue censor y director artístico del Teatro Español. Pobre y agotado, murió en 1905.

Si toda su biografía estuviera encerrada en esas líneas, Balart estaría olvidado y sería muy secundario su puesto en las letras españolas, aun reconociendo el valer que como crítico debe concedérsele por su frase certera, su agudeza irónica y su seguro buen gusto. Pero sus títulos al recuerdo tienen más sólido cimiento: se contienen en dos pequeños volúmenes de poesías Dolores y Horizontes, los cuales tienes, lector, ante tu vista. Mientras se hable lengua española, mientras la cruel separación de los seres amados haga vibrar de dolor las fibras de nuestro corazón, o la inquietud del más allá abrume nuestro espíritu con la angustia infinita del misterio, Balart vivirá entre nosotros porque supo, con palabras sencillas pero intensas, dar forma a su dolorosa emoción y comunicarla al lector.

Dolores-publicado en 1893-, es una corta colección de poesías consagradas a la memoria de su esposa, muerta poco tiempo antes. Aunque no todas escritas, sin duda, con igual propósito, hay en todas ellas una cierta uniformidad de tendencia espiritual que las enlaza y las imprime cierta unidad; forman todas una corona de pensamientos depositada sobre una tumba.

Descuellan las que llevan por título Preludio, Relicario, Insomnios, Recuerdo, Aspiración y Restitución.

Aun cuando sólo hubiera escrito la primera y la última de las citadas, Balart tendría derecho a ser reputado altísimo poeta. Los versos del Preludio son de aquellos que para siempre quedan impresos en la memoria del lector:

*«Yo te bañé con mi llanto,
yo te abrí la oscura caja,
y, dominando mi espanto,
yo te vestí la mortaja:
blanca toca y negro manto.
Tu cuerpo cubrí de flores,
y te ceñí por corona
(¡postrer don de mis amores!)
el velo de tu Patrona
la Virgen de los Dolores.»*

Ningún relato más sobrio ni más sencillo. La hojarasca usualmente mezclada a los artificios retóricos está ausente de estos renglones. Son prosa rimada. Pero prosa rimada, viva y doliente, transida por la más intensa emoción que se transparenta con irresistible vigor contagioso. Tienen esos renglones la sobriedad del verdadero dolor, reconcentrado y esquivo; y, a la vez, el movimiento de la acción sencillamente relatada. Y penetran en el espíritu reanimando y caldeando acaso imágenes yertas de amarguras pasadas o evocando anticipados dolores.

*«... yo te vestí la mortaja:
blanca toca y negro manto»*

Aunque esos leves renglones caigan en el fondo de nuestra memoria para dormir en ella años de olvido, emergerán de lo inconsciente y adquirirán nuevo valor significativo, cada vez que nuestra alma perciba en la penumbra temerosa del arcano la sombra de la muerte amenazadora para un ser querido.

Pertenece la poesía de Balart, tanto en Dolores como en las recopiladas en su volumen Horizontes -publicado poco después-a la poesía llamada «filosófica» que tan alto esplendor alcanzó en el siglo XIX y que logró en otros países adalides tan geniales como Leopardi y Carducci, en Italia; Lamartine, Vigny, Hugo, Sully-Prud'homme, en Francia; Byron, Shelley, Tennyson, en Inglaterra; y entre nosotros copiosos cultivadores, Tassara y Campoamor, Núñez de Arce, Bartrina, Manuel Reina y Balart entre otros. Sin desdeñar la forma los poetas filosóficos del siglo XIX, sienten la emoción de las grandes ideas y de las inquietudes perdurables y universales de nuestro linaje. Por eso, a la vez que nos hacen sus confidencias y parecen verter en nuestro espíritu únicamente el licor amargo que sus propias congojas destilan, son eco de las nuestras; y dan forma a nuestras propias ansiedades. El verdadero poeta no es un solitario que interpreta sus propios sentimientos exclusivos; es voz de la Humanidad.

En todos ellos afloran los mismos temas. Es que son pocas las cuerdas del alma humana y menos aún los sentimientos que las hacen vibrar. El amor y el dolor; la vida fluente - y efímera con su acre sabor a ceniza y su liviana y vacía fragilidad; la muerte con sus misterios implacables y desoladores; la duda y la esperanza, la resignación y la fe encierran todo el tesoro de las hondas emociones humanas y

despliegan su riqueza sentimental al través de la floresta literaria de todas las generaciones.

Pero sobre todas ellas, la muerte,- la muerte que, según el dicho de un filósofo, es como el sol, a quien ningún humano puede contemplar frente a frente. La muerte, reveladora de la vanidad irremisible de la vida, es la obsesión de Balart. Ella arranca a su lira los sonidos más dolientes, los acentos más desgarradores.

*«¡Vanidad!; ¡Vanidad! ¡Mísera suerte
de todo humano bien! Gloria, riqueza,
poder, talento, juventud, belleza...
¿Qué hay seguro en la vida, qué? ¡La muerte!
grita en Ultra.
¡Vanidad! ¡Vanidad! ¡Oh! ¡qué es la vida!
¡Viento fugaz perdido en el espacio!
clama en Cenizas.*

Resignado escribe en Quietud:

*«No hay en el mundo sueño más tranquilo
que el sueño de la tumba...»*

Pero la rebelión del ser humano contra el aniquilamiento de la muerte, contra esa quietud eterna e inexorable de la tumba, hace surgir en nuestro espíritu una flor de esperanza que proyecta sobre los infinitos espacios la silueta fortalecedora de Dios. La fe, que se eleva, hasta los cielos, nutre sus raíces en la savia de las sepulturas. Balart en su Meditación, lo confiesa

«...Y al cabo las pupilas moribundas

se elevan hacia Ti».

No falta quien moteje estas preocupaciones de la poesía del siglo XIX-cl gran siglo de la lírica de «filosofía barata». Lo es, en efecto, si por filosofía barata entendemos toda preocupación por las ansiedades compartidas con los más de los hombres capaces de sentir. La vanidad de la vida tiene sus acentos desgarradores en el Eclesiastés; la idea de la muerte hace inclinarse la frente, vasta como un océano, de Pascal y vibra con eternos sonos en Jorge Manrique, como antes en los poetas árabes, y después en el alma torturada de Leopardi.

«¿Qué memoria en la tierra deja el hombre?

¿Qué rastro deja por la mar la nave?»

escribe Balart. ¡Filosofía barata! Sí. Pero la más honda, la más íntima filosofía es siempre vulgar; porque es el grito del dolor del hombre, cercado por la muerte impasible e inexorable que lo acecha,- o el esfuerzo desesperado por comprender el enigma de nuestro ser y el misterio de nuestro destino, por penetrar en el más allá: o la protesta desgarradora y amarga como la impotencia contra el implacable decreto del hado que la condena a desaparecer. El hombre no se resigna a ser en el océano de la vida como la ola que se encrespa, se corona de espuma, estalla y se disuelve para siempre, sin dejar ni memoria ni huella sobre la superficie del mar. Por, eso, anhelando consuelo, lo busca en la fe. Y cuanto torna sus ojos desde la sepultura a la vida, es un resignado o un creyente. Esa filosofía barata, está tejida con la desesperación y la esperanza de todas las generaciones y de ella arranca toda la poesía humana, la que forma ideales perecederos que aparten del abismo los ojos, como la que, gozosa y triunfante, cree vencer a la muerte cantando el amor.

Esa filosofía tiene en Balart interpretaciones indelebles. Desde las que transitan por los renglones de Restitución, joya preciosísima de la lírica española, hasta el esbozo Cuatro tablas, que recuerda versos de Heine. La colección que tienes en tus manos, lector, hecha con tino-ya que no es mía- reúne lo mejor de Balart poeta, eliminando algunas composiciones que, por serlo de circunstancias o por no responder a verdaderos sentimientos del autor, disonarían en el conjunto. De aquellos aprende lector, de memoria los que por ser más dolorosos son más humanos. Tal vez algún día subirán de tu corazón, a tus labios. Y evocando, al repetirlos, el dolor del poeta que los escribiera, te parecerá que aquél comparte tus propias amarguras. y acaso te consolarán.

Este libro, que al mundo lanzado veo,
lector, contra el torrente de mi deseo,
por más que hoy tu mirada sobre él irradie,
para ti no se ha escrito.-¡Ni para nadie!
Exudación de un alma de angustia llena,
la materia y la forma le dio una pena.
En sus versos, desnudos de gala y arte,
ni voluntad ni esfuerzo tuvieron parte:
lágrimas son que turbias se aglomeraron,
que en informes estrofas se coagularon,
y en un alma nacieron que el duelo enluta,
como la estalactita nace en la gruta.

△▽

Yo, que en densa tiniebla desaparecido
soy un triste habitante del triste olvido,
mis canciones dejaba sonar a solas
como en playa desierta suenan las olas.
Al pie de árbol estéril, hojas caídas,
entre el polvo rodaron desconocidas.
Hoy, que contra mi gusto las lanzo al viento,
tales como las hallo te las presento.

La corrección mezquina, meticulosa,
que los versos a veces convierte en prosa,
si tersura les presta, verdad les quita:
¿Quién corrige, quién pule la estalactita?
Lo que en su masa tosca puede agradarte
es ver cómo espontánea creció mi arte;
y de ese crecimiento pierdes la norma
cuando a la estalactita quitas su forma.

Si este libro robarte logra un momento,
sólo ha de ser en gracia del sentimiento;
sentimiento que es siempre, de varios modos,
si en cada cual distinto, común a todos.

En la roca pendiente sobre el abismo,
cruza el hombre los brazos entre sí mismo,
y duda, al ver el alma y al ver el mundo,
cual de los dos abismos es más profundo;
mas siempre halla en el fondo de entrambos huecos,
para iguales gemidos, iguales ecos.

Desde que el mundo es mundo, con varios nombres
iguales desventuras lloran los hombres.

Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:
¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!
El volcán siempre arroja la misma lava:
hoy pensamos lo mismo que Job pensaba,
porque, bajo el azote de suerte impía,
hoy sentimos lo mismo que Job sentía:
a más crudas desgracias, penas más crudas,
¡y, a mayores problemas, mayores dudas!

Y, siendo igual el fondo del sentimiento,
¿no lo han de ser las formas del pensamiento?
¡Ay! desde Adán el hombre siempre ha tenido
para iguales dolores igual gemido:
en placeres y penas, por varios modos
nada es tuyo ni mío; ¡todo es de todos!

Cuando mayo los campos cubre de flores,
cantan la misma endecha los ruiseñores;
pero, aunque confundidas en un lamento,
cada voz se distingue por el acento.

Catedral cordobesa, que si hoy bendita,
de otro Dios y otro culto fuiste mezquita:
entre cuantas columnas te hacen preciada

para ti ni una sola fue cincelada.
Pero, si en sus robustos fustes gigantes
otros cien edificios pesaron antes,
hoy que en ellos descansas, di, ¿quién te quita
tu original belleza, noble mezquita?
En la flor de los campos, blanca o bermeja,
delicados aromas bebe la abeja;
pero el licor sabroso que el panal mana
no es romero, tomillo ni mejorana:
el dulzor que en el labio la miel nos deja
es algo que tan sólo le da la abeja.

Yo no aspiro a que ensalces mi fantasía,
lector, a mí me basta tu simpatía;
y en ella sin temores el alma espera,
que no hay voz despreciada cuando es sincera.
Todo ajeno gemido vibra en nosotros;
los unos padecemos lo que los otros;
no se pierden los ayes en el vacío:
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo es mío!

△▽

Preludio

Yo te bañé con mi llanto,
yo te abrí la obscura caja,
Y, dominando mi espanto,
yo te vestí la mortaja:
blanca toca y negro manto.

Tu cuerpo cubrí de flores,
e ceñí por corona
(¡postrer don de mis amores!)
de tu Patrona
la Virgen de los Dolores.

Después, en mi fiebre amante,
junto a ti me arrodillé
y, convulso y delirante,
sobre tu yerto semblante
la cabeza recliné;

△▽

y, abismado en el dolor,
seis horas pasé mortales
hablándote de mi amor,
al trémulo resplandor,
de los cirios funerales.

El sentido al fin perdí;
y, sin que yo lo advirtiera,
alguien me arrancó de allí:
¡muriera yo junto a ti,
primero que en mí volviera!

¿Qué sentí? -Lo que, abatida
por la zarpa del león,
sentirá la cierva herida;
lo que la garza, oprimida
por la garra del halcón:

Algo que no es vil excusa
ni santa conformidad;
que ni asiente ni rehúsa;
¡horrible mezcla confusa
de estupor y de ansiedad!

Por salir de aquel estado
pugnaba con vano empeño
pensando que era soñado:
¡un año entero ha pasado,
y aún me parece que es sueño!

Desde aquel amargo día
vivo en triste soledad;
y, en esta lenta agonía,
la mitad del alma mía
llora por la otra mitad.

Fija la vista en el suelo,
largo tiempo te llamé
con amargo desconsuelo:
hoy sé que estás en el cielo;
¡y en el cielo te hallaré!

Dios, que mira mi aflicción,
cuando en la noche callada
a Él levanto mi oración,
con su palabra sagrada

se lo dice al corazón.

Y estas tiernas emociones
y dulces melancolías,
origen de mis canciones,
¿qué son sino inspiraciones
que tú del cielo me envías?

Obra tuya debe ser
este cambio singular
que no acierto a comprender:
yo nunca supe cantar,
y ahora canto sin saber.

Canciones de triste acento,
siempre regadas de llanto;
porque, en hondo abatimiento,
los sollozos son mi canto,
la muerte mi pensamiento;

que, como es dura mi suerte
y abrigo la convicción
de que en la gloria he de verte,
sólo pensando en la muerte
se me ensancha el corazón.

Aquel ruiseñor sin nido
que vaga por la pradera
conturbado y dolorido
con el recuerdo querido
de su pobre compañera,
cuando al fin el canto agota,
sobre una rama sin flor
que el cierzo iracundo azota
repite una sola nota,
eco de un solo dolor.

Así yo que, sin ventura,
con el alma destrozada
y envuelto en tiniebla oscura,
llevo hasta el fondo apurada
la copa de la amargura,
en la horrible turbación
que me oprime el corazón
y la mente me enajena,
ni tengo más que una pena,

ni sé más que una canción.

Querella de mi agonía,
conforme sale de mí
a ti mi dolor la envía:
¡oyéla tú, vida mía,
porque es toda para ti

△▽

Primer lamento

¡No puedo más! El llanto reprimido
ya hirviendo me sofoca:
cuatro meses la queja he contenido,
con el puño en la boca.

¡No puedo más! Perdona, Dios clemente,
perdona si te agravio
rompiendo al fin los diques al torrente
que rebosa en mi labio.

Gimiendo me sorprende la mañana;
gimiendo paso el día:
en sólo un pensamiento ¡oh Dios! se afana
tenaz el alma mía.

Entre oscuros cipreses ven las aves
una tumba ignorada:
para dos fue labrada -¡tú lo sabes!-
¡Para dos fue labrada!

Aún la mitad, Señor, está vacía,
y un cadáver me espera:
¡logre, logre su ansiada compañía
mi pobre compañera!

Cuando en la triste noche el viento azota
los árboles desnudos,
y la lluvia desciende gota a gota
sobre los campos mudos,

allá vuela mi mente enamorada,
allá vuela afanosa,
buscando a la que sola y olvidada

△▽

bajo el mármol reposa.

Desde que ella partió, sordo mi oído,
ciegos están mis ojos,
y mi lecho, que ayer de amor fue nido,
ya es tálamo de abrojos.

¡No puedo más, Señor! Niebla sombría
me impide verla y verte.

Manda un rayo de luz a mi agonía,
¡y venga en él la muerte!

La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,
la muerte redentora
que esta tormenta tornará en bonanza
y esta noche en aurora.

¡Misericordia, oh Dios! ¡Cese esta guerra,
cese este ardiente anhelo;
que me aguarda un cadáver en la tierra
y un ánima en el cielo!

△▽

Soledad

Cuando abatido dejo mi casa
y al campo salgo, triste y sombrío,
tal vez me quedo mirando al río,
tal vez me quedo mirando al mar:
como esa linfa que pasa y pasa,
fueron mis dichas y mis venturas;
como esas olas mis amarguras,
que van y vienen sin descansar.

Mudo y absorto, solo y errante,
ya en mi se cifra mi vida entera:
nadie se cuida, nadie se entera
de los suspiros que al viento doy.
Ya no me queda ni un pecho amante
que con sus penas mis penas junte,
ni un dulce labio que me pregunte
de dónde vengo ni a dónde voy.

Nadie ve el duelo que mi alma llena;
mis negras dudas a nadie fío;

△▽

todas mis fuerzas embarga un frío
que al fondo llega del corazón;
y a solas paso mi amarga pena,
y a solas vivo y a solas muero,
como en la nieve muere el cordero
que entre la zarza dejó el vellón

△▽

Compañía

De ir solos por la vida nos quejamos
a la contraria suerte:
y solos nunca vamos;
que, mientras por la vida caminamos,
siguiendo nuestros pasos va la muerte.

△▽

Puntos de vista

La sombra por el cielo se extendía,
con resplandor escaso,
sereno y melancólico, en ocaso,
iba muriendo el día;

sobre el vago crepúsculo que huía,
negra su forma recortaba el monte
cuyas cumbres enhiestas
dibujan con sus picos y sus crestas
la línea desigual del horizonte;
y entre la oscura sombra que caía
y el monte que siniestro la esperaba,
como una tumba, misteriosa y fría,
la noche sobre el mundo se cerraba.

Y él entonces me dijo:-¿Por qué triste
siempre tu alma cobarde se acongoja?
¿Por qué al placer tu pecho se resiste
cuando el cierzo despoja

△▽

sañudo al árbol de su inútil hoja,
y cuando abril de flor los campos viste?

Y yo le respondí:-Jamás en calma
sonríe a las miserias de este mundo
quien con tedio profundo
la duda y el dolor lleva en el alma.
Y él añadió:-Contempla la belleza,
contempla la alegría
con que el mundo renueva cada día
la madre universal Naturaleza.

Y yo:-Contra la duda no hay una guarida:
el hombre que probó su amargo dejo,
mientras al cuerpo el alma lleva unida
no vuelve a desplegar el entrecejo.
En esa sucesión no interrumpida
que un ser en otro sin cesar convierte,
tú escuchas los alientos de la vida,
yo escucho las congojas de la muerte.

Y él a mí:-La esperanza es luz del mundo;
en todo brilla su esplendor fecundo:
mientras en las regiones del ocaso
con ceño moribundo
sepulta el sol su resplandor escaso
que extinguiéndose va de loma en loma,
tibio, dulce, tranquilo, paso a paso,
nuevo fulgor por el oriente asoma,
sus rayos extendiendo por la duna
como blanco cendal en muelle cuña.

Dijo, y miré:-Rayaba por oriente
claro nimbo esplendente;
y, entre sombras de la noche bruna
subiendo silenciosa al horizonte,
sobre el valle y el monte
su sudario de luz tendió la luna.

△▽

Exequias

Si el cielo, de noche,

△▽

me paro a mirar,
tantas luces y tanto silencio
me dan que pensar;
y, al ver como callan
tierra, viento y mar,
me parece que el mundo es un muerto
que van a enterrar.

△▽

Resignación

Llevo en un relicario colgado al cuello
tu retrato y un rizo de tu cabello,
y, sobre esas reliquias de mis amores,
la imagen de la Virgen de los Dolores.
Cuando en mis amarguras su auxilio imploro,
al pronunciar su nombre suspiro y lloro;
porque es esa palabra, de encanto llena,
el nombre de mi esposa y el de mi pena.
¡De penas y de nombres harto sabía
quien te dio el que llevabas, Dolores mía!
De dolor traspasada cruzaste el mundo,
y en mi pecho dejaste dolor profundo:
dolor que, aquí en el fondo del alma herida,
durará lo que dure mi triste vida;
dolor que, lento y sordo, pero tremendo,
corazón y memoria me va royendo,
desde la triste noche que, enajenado,
a la luz de unos cirios pasé a tu lado.

△▽

Seis meses han corrido desde aquel día:
¿Quién ya de ti se acuerda, Dolores mía!
Tu imagen se ha borrado como una sombra:
nadie por ti pregunta, ¡nadie te nombra!
¿Qué resta de tu vida, pobre Dolores?
¿Qué de la dulce historia de mis amores?
¡Una pena que oculto como un misterio,
y un nombre en una losa de un cementerio!
Ya entre tu amor y el mío se eleva un muro.

Todo en mi vida es triste, todo es oscuro.
Tu voz, tu voz amada, de dulce acento,
ya en mis tristes congojas no me da aliento;
tus ojos amorosos ya no me miran
ni tus labios de rosa por mí suspiran;
y aquellos brazos bellos que me estrechaban,
y aquellas pobres manos que me halagaban,
del nicho en el oscuro recinto estrecho
ya inmóviles se cruzan sobre tu pecho.
De mis dichas, ¿qué resta para memoria?
¡Tu despojo en la tumba; tu alma en la gloria!
¿En la gloria!-¿Quién sabe lo que está escrito!
¿Quién penetra el secreto del Infinito!

Dios, que escuchas mi llanto, que ves mi duelo,
¡Llévame con mi esposa, llévame al cielo!
¡Junta nuestras dos almas, y redimidas,
en éxtasis eterno vivan unidas!
Perdona si te ofenden mis pensamientos;
perdona si te irrito con mis lamentos;
perdona si, en la fuerza de mi amargura,
la exaltación del alma raya en locura.
Yo no sé lo que pienso ni lo que digo;
pero yo te venero, yo te bendigo.
Yo escucharé obediente tu voz airada;
yo besaré la mano que me anonada;
pero, si es que ignorantes tal vez caímos,
si es ésta ¡oh Dios! la pena que merecimos,
recuerda que mis pasos ella seguía
y que, si hay culpa en algo, la culpa es mía.
Ella quizá fue débil; pero fue buena:
¡yo, que soy el culpado, sufra la pena!
Este ruego ferviente mi amor te envía:
si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!
pero déjame al menos, Dios soberano,
que, al recibir el golpe, bese tu mano.
Conozco tu clemencia, y a ella me acojo.
No temo tu castigo: temo tu enojo;
y si en perpetuo luto y en llanto eterno
puedo amarte y amarla, ¿qué es el infierno?
¡Oh! perdona, perdona si, allá en tu altura,

te ofenden los lamentos de mi amargura;
y pues eres elemento, pues eres justo,
no se cumpla mi anhelo, sino tu gusto.
Oye tan sólo un ruego de mi agonía:
si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!

△▽

Luz y sombra

Cuando en el pavimento la persiana,
como listada piel de tigre hircana,
de sombra y luz solar tiende una alfombra,
si en ella clavo con tesón la vista,
cambiando de tamaño cada lista,
mientras mengua la luz, crece la sombra.

△▽

Yo bien sé que, aunque siempre repetido,
sólo es vana ilusión de mi sentido
ese de sombra y luz efecto extraño:
yo bien sé que, si aparto de él la vista,
al mirarlo de nuevo, cada lista
recobra su figura y su tamaño.

Pero es triste, muy triste, Dios clemente,
que así también, cuando tenaz y ardiente
persigue el hombre la verdad desnuda,
si en los grandes problemas un momento
fija con atención el pensamiento,
mientras mengua la fe, crezca la duda.

△▽

A Federico

Niño que al triste fulgor
de mi estrella amortecida
vas penetrando en la vida
por la senda del dolor;

△▽

que, angustiado cuando ves
mi tormento y mi martirio,
vives mustio como un lirio
nacido al pie de un ciprés,
y con infantil piedad,
compartiendo mi agonía,
ni aun buscas la compañía
de los niños de tu edad:

cuando, en presencia de Dios
que nos ve desde la cumbre,
al dulce amor de la lumbre
solos velamos los dos,

y corren, sin que yo quiera,
mis lágrimas silenciosas
entre las ondas sedosas
de tu rubia cabellera,

y en mi agitado interior,
con lucha terrible y muda,
combaten la fe y la duda,
la esperanza y el temor,

aunque por tu edad ignoras
lo duro de estas batallas,
me ves silencioso y callas;
me sientes llorar, y lloras;

y entonces, de una pasión
a otra pasión arrastrado,
por dos fuerzas desgarrado
se me parte el corazón.

Temblando, el llanto reprimo;
en mi congoja sombría,
miento frases de alegría
y el labio en tu frente imprimo;
que aunque mi aflicción es tanta
y es tan acerbo mi mal,
no han de ser ellos dogal
de tu inocente garganta.

Procurando tu ventura,
el voto debo cumplir
de la triste que al morir
te encomendó a mi ternura.

Crece, sí, mi dulce amor;

nada perturbe tu calma,
que aun no tienes, niño el alma
templada para el dolor;

ni puede querer tu mal
la que, previendo mi duelo,
me dejó para consuelo
tu sonrisa angelical.

Vida de bien tan avara
presta a tu infantil belleza
una sombra de tristeza
que más hermoso te para;
mas ¡ay! me aterra pensar
que mi constante amargura
puede aumentar tu hermosura
con la sombra de un pesar.

En este ambiente nocivo
del dolor, que es mi elemento,
por ti solamente aliento,
por ti solamente vivo;

y cuando, exaltado y loco,
toda esperanza perdida,
juzgo imposible la vida
y a voces la muerte invoco,

pensando en tu porvenir
siento en las arterias frío...
¡Crece, crece, niño mío,
por que pueda yo morir!

△▽

¡....!

Para Dios no hay eventos, no hay acasos:
antes que el giro de la azul esfera
la eternidad a tiempo redujera,
contó mis horas y midió mis pasos.

El mal y el bien me brindan con sus vasos,
y esquivarlos en vano el alma espera,
que de mi vida la fatal carrera
mutaciones no admite ni retrasos.

△▽

Anterior a mi ser es mi destino;
tasadas mis acciones *ab aeterno*;
fija la suerte, ineluctable el sino:
¡y aun suponen que un Dios piadoso y tierno
puede abrir al final de mi camino
la sima tenebrosa del infierno!

△▽

Ansiedad

*Por no conocerme así,
no quisiera conocerme.*
BOSCÁN

De tan largo padecer,
de tan continuo penar,
imbécil me he de tornar
o loco me he de volver:
trastornado está mi ser
desde que mi amor perdí
y es tanto el mal que sufrí,
tanto el que sufriendo estoy,
que no encuentro en lo que soy
ni sombra de lo que fui.

△▽

Cuando tiendo la mirada
por los años de mi vida,
de hallarse tan abatida
llora el alma sonrojada:
hoy, al fin de mi jornada
al contemplarme y al verme
débil, apocado, inerme
contra la suerte fatal,
por no conocerme tal
no quisiera conocerme.

Desde que mi bien perdí
con lucha implacable y muda
la certidumbre y la duda
batallando están en mí:
ni creo lo que creí,
ni niego lo que negué;
y, examinando el por qué
de cuanto temo y deseo,
todas las sendas tanteo
y en ninguna siento el pie.

¡Feliz, feliz el creyente
que espera, firme y entero,
en un Dios justo y severo
o en un Dios dulce y clemente!
Mas ¡ay de aquel que impaciente
sondea la eternidad,
y, en vaga perplejidad,
jamás el ánimo inclina
ni a la justicia divina
ni a la divina bondad!

Para el que no osa creer,
es la eternidad baldía
un interminable día
sin mañana y sin ayer;
noche fue su amanecer,
y en su horizonte sombrío,
negro recorre el vacío
un sol que, entre opacas nieblas,
rayos lanza de tinieblas
y ondas esparce de frío.

Pero aquél que, en su impiedad,
a la negación se aferra,
del ánimo al fin destierra
duda, temor y ansiedad:
él admite una verdad,
¡triste verdad, bien lo sé!
mas para el alma que fue
presa de cobarde anhelo,
cualquier creencia es consuelo:
¡la fe en la nada aún es fe!

Yo, como el agua que llueve

corre esparcida sin cauce,
como la rama del sauce
que a todo viento se mueve,
presa de la duda aleve
cambio sin saber por qué;
y, exhausto de toda fe,
con amargo desconsuelo,
consternado miro al cielo
cuando nombro a la que amé.

En vano la Religión
me manda, con ceño airado,
que, olvidando lo pasado
procure mi salvación;
que negocie mi perdón,
y que, aplicando el veneno
que oculto llevo en el seno
la triaca que me den,
agence mi propio bien
sin pensar en el ajeno.

¡Traición fuera, vil traición,
olvidar, falto de brío,
a la que por mí, Dios mío,
arriesgó su salvación!
En indisoluble unión,
almas que supo juntar
al pie de tu propio altar
amor trocado en deber,
¡o juntas se han de perder,
o juntas se han de salvar!

Y al salvarme, ¿qué ventura
lograra yo ¡desgraciado!
si en no tenerla a mi lado
consiste mi desventura?
Aunque en la celeste altura
donde mi clamor es estrella,
desertando de su huella
penetrar consiga yo,
para quien tanto la amó
¿qué gloria ha de haber sin ella?

¡Oh! cuando uno ha de caer,
acaso el otro, en la gloria,

pierda la dulce memoria
de los amores de ayer.
Mas si no hemos de caber
a un tiempo los dos allí,
haz, Señor, que junto a Ti
mi esposa feliz se crea,
¡ay! aunque yo no la vea
ni ella se acuerde de mí!

△▽

La última tabla

En el abismo del dolor sumido
la mirada levanto a las alturas,
y desde el hondo valle de amarguras
te invoco ¡oh Dios! con ánimo abatido.
¡De la duda que ofusca mi sentido
disipa Tú las ráfagas oscuras!
No te pido grandezas ni venturas;
¡esperanza, y amor, y fe te pido!
Aunque en sollozos mi dolor exhalo,
de punzante inquietud y angustia lleno,
aún tu bondad a tu poder igualo.
No al odio dejes invadir mi seno:
bueno te juzgo; pero, si eres malo,

△▽

¡déjame, por piedad, juzgarte bueno!

△

Ultra

Morir... Dormir...-

¿Dormir?-¡Soñar acaso

SHAKESPEARE

Despierta, corazón, esta es la hora:
ya tu plegaria vespertina espera
la pobre compañera
que a sombras del ciprés dormida mora.
Despierta, sí, despierta: ya incolora
se angosta en las regiones del vacío
la franja del crepúsculo sombrío,
semejante a la franja de la aurora.
Mas no: ¡cuán diferente!
Ese sol esplendente,
que los cielos recorre paso a paso,
¡Qué alegre se levanta en el oriente!
y ¡qué triste se oculta en ocaso!
Sonriendo, la aurora
mece la cuna del naciente día;
el crepúsculo llora
sobre el lecho mortal de su agonía
despierta, corazón: ¡esta es la hora!

¡Hora solemne y grave!
su nido busca silenciosa el ave
por el bosque vecino,
y en la torre lejana
la trémula campana
lanza el triste lamento vespertino;
desde el cielo profundo,
desplegando sus negros pabellones
en fúnebres crespones
va la noche cayendo sobre el mundo;
al hálito invernal de Guadarrama,
la niebla, de los valles desprendida,
por los desnudos arboles tendida
cuelga su blanco tul de rama en rama;
y, con rumor de lúgubre misterio,
tan vago que las auras no lo advierten,
sobre mi frente su tristeza vierten
el sauce y el ciprés del cementerio
Ellos, de mi dolor graves testigos,
ya por suyo me cuentan y me miran:

sus secretos me dicen como amigos; sus
sentimientos de piedad me inspiran;
y tienen uno y otro por tan cierto
ser mi propia mansión la sepultura,
que, cuando en medio de la noche oscura
salgo, dejando mi lugar desierto,
se admira el sauce, y el ciprés murmura:
«¿Adónde vas, adónde, pobre muerto!»

Aquí el alma se eleva y se contrista
pensando en esta vida transitoria.
¿Qué es el hombre? ¡Ay de mí! ¡Frágil arista!
¡Mentira su saber! ¡Humo su gloria!
¡Nada en él que a la muerte al fin resista!
«¡Quitado de la vista,
pronto se va también de la memoria!»
Ni amor ni gratitud le prestan nido:
bien lo dice este osario
sobre cuyo recinto solitario
tiende sus alas el traidor olvido.
La yerba borra lo que fue sendero;
y estas desiertas soledades cubre
(¡miserable sudario postrimero!),
ya con su nieve enero,
ya, con sus hojas pálidas octubre.
Abismo en cuyo fondo no medido
ni penetra la luz ni el viento zumba,
si es más honda que el báratro la tumba,
más hondo que la tumba es el olvido.
¡Vanidad! ¡Vanidad! ¡Mísera suerte
de todo humano bien! Gloria riqueza,
poder, talento, juventud, belleza...
¿Qué hay seguro en la vida, qué? -¡La muerte!

¿Y más allá?-¡La sombra inexplorada!
¡La negra inmensidad desconocida!
¡El misterio! Con ola desmayada
llega a la tumba el mar de nuestra vida.
Mas, lo que al hombre espera
detrás de aquel estrecho tenebroso
¿es puerto de reposo,

o es nueva mar sin fondo y sin ribera?
Citando un cadáver miro,
mudo de horror, ni aliento ni respiro.
¡Ay! aquella tensión inmóvil y fría
¿es inercia? ¿es dolor? ¿es sueño? ¿es calma?...
¡Problema que a la ciencia desafía!
¡Oh eternidad sombría!
¡Oh abismo de los vértigos del alma!
«¡Morir! ¡Dormir! -¿Dormir?- ¡Soñar, acaso!»
¡Y esa es la duda que nos turba el pecho
ante el último paso
que lleva oh tumba, a tu recinto estrecho!
¡Duda espantosa que la mente enerva!
¿Es materia no más, materia inerte,
lo que de nuestro ser al fin conserva
en sus garras fatídicas la muerte?
¡Espíritu!... ¡Materia!... ¡Unión oscura
que en vano el sabio deslindar procura!
¿A qué esa dualidad mal definida
con que el hombre duplica su miseria?
Para explicar la vida,
el espíritu, basta, o la materia.
¿Pero cuál? -Cuando enfoca vuestro lente,
oh sabios, el anverso y el reverso
de la cuestión, ¿qué queda al fin patente?
¿Es mi mente porción del universo,
o el universo engendro de mi mente?
¡Problema tremebundo,
que a todo pensador arruga el ceño!
Yo, cuando en duda tal el juicio empreño,
aquí, de la conciencia en lo profundo,
mejor concibo el mundo como un sueño,
que el alma como un átomo del mundo!

Mas en rigor, ¿qué añade a mi ventura
ser espíritu o ser materia impura?
Esto que piensa, en mí (sea cual sea:
almo soplo divino
que ingrátido los orbes señorea,
o átomo miserable que, sin tino,
en ciego torbellino,

del mundo, con los átomos guerra),
ello es que existe y siente;
y, obra de Dios o aborto de sí mismo,
siempre ha de hallar presente,
oh eternidad, tu inevitable abismo.

Triste verdad, pero verdad notoria.
Dilema que no admite dilatoria:
si existe Dios, existe la justicia;
y la inicua malicia
y la virtud constante y meritoria
han de encontrar eterno
el premio en las delicias de la gloria
o el castigo en las penas del infierno.
Si Dios no existe como fuerza externa,
si Él no sacó los mundos de la nada,
la materia es eterna:
porque eterna ha de ser siendo increada.
Mas, si en ella el espíritu no anida,
si ella sola se rige y se gobierna,
ella ha de ser quien sufre dolorida;
¡y, eterno el mundo y el dolor eterno,
siempre hallará la mente confundida,
a falta de las penas del infierno,
el espantoso infierno de la vida!

¡Una vida tras otra!-¡Horrenda suerte!
¡Perdurable agonía!-
¡En pos de las tinieblas de la muerte,
surge el lívido albor de un nuevo día!
¡Eterno, inexcusable cataclismo!
¡Tras un abismo, un monte!...
¡Tras un monte, un abismo!...
¡Y un horizonte en pos de otro horizonte!...
¡Y otro!... ¡y otro después!... -¡Siempre lo mismo!
¡Funesto aborto del sepulcro inerte,
cada breve existencia consumida
termina en las congojas de otra muerte,
germen de los tormentos de otra vida!
¡Batalla eterna, misteriosa y muda!
Sobre este helado suelo que ahora, insano,
de su verdor el ábrego desnuda,

poderoso y lozano
su agreste pompa tenderá el verano.
Con inconsciente amor, la madre tierra
que los yertos despojos
de cuanto ha sido, en su regazo encierra,
fecundizada por los rayos rojos
del sol primaveral, trocará en germen
de vida y de vigor la podredumbre
de esas reliquias que ateridas duermen.
Por la voraz raíz arrebatados,
en ciega muchedumbre,
los átomos que hoy yacen disgregados
veranse a influjo de la etérea lumbre
en savia exuberante transformados.
De ella tomando aromas y colores,
la verde rama cubrirán las flores.
Y la flor, convertida en dulce fruto,
al hombre avaro rendirá tributo:
tributo que a las fuentes de la vida
dando nuevo caudal con nuevos dones,
nuevas generaciones
te traerá, ¡Humanidad nunca extinguida!
 ¡Oh fosa! en tus arcanos,
que las tinieblas de la muerte enlutan,
voraces los gusanos
la podredumbre humana se disputan;
y los hombres, inquieta muchedumbre
que pulula espantosa,
otros gusanos son, que en otra fosa
devoran otra horrible podredumbre.
¡Festín abominable!
Los seres a los seres devorando,
con furor insaciable
van el suplicio eterno renovando.
 Así, en lucha jamás interrumpida,
la muerte se alimenta de la vida,
la vida se alimenta de la muerte,
y -¡oh pavoroso arcano!-
el ser humano en polvo se convierte,
y el polvo se convierte en ser humano!

Y si, por dura ley reconocida,
es la vida función de la materia,
y el dolor consecuencia de la vida,
¿qué esperanza de paz, segura y seria,
nos das, oh eternidad nunca eludida?
En vano, consternado, miro al cielo.
El trémulo fulgor de las estrellas
no me asegura el bien que, loco anhelo:
¡la ley universal columbro en ellas!
Si tiendo la mirada con recelo
por la estrellada bóveda serena,
o la convierto a la región oscura
donde el hombre, amarrado a su cadena,
la frente inclina con dolor al suelo,
desde el astro que vívido fulgura
en la celeste altura,
hasta la leve titilante gota
que refringe su luz como un topacio,
la vida universal llena el espacio,
la vida universal el tiempo agota.
Ante la inmensidad todo es la mismo:
y, en ciego perdurable cataclismo,
siempre de angustias y dolor fecundos,
átomos son los mundos,
y mundos son los átomos.-¡Abismo!
La nebulosa apenas percibida,
de millones de soles niebla densa,
es menuda molécula perdida
del negro espacio en la extensión inmensa;
y la azucena que entreabrió a la aurora
la copa tembladora
de sus pétalos cándidos y tersos,
lleva por gala, entre el follaje umbrío,
millones de millones de universos
en cada limpia gota de rocío!

Y, con giro incesante,
de la nítida gota en lo profundo,
cada invisible mundo
siglos de siglos vive en cada instante.
La importancia del tiempo es a medida
de cada ser al universo adscrito;

en cada ser que puebla lo infinito
es diferente el ritmo de la vida;
interminable cielo es en el uno
lo que, en el otro, indivisible instante:
¡para llenar un año de Neptuno,
un siglo de la Tierra no es bastante!
¡Confusión! Nada es grande ni pequeño.
A veces contemplado de hito en hito,
se desvanece el mundo como un sueño;
y a veces, cuando atónito medito,
de un lado y otro, más fatal, más fosca,
su inmensa curva enrosca
la siniestra espiral de lo infinito.

No me habléis de esas fúlgidas esferas
que mansiones del bien finge la mente:
su paz, su dicha, su tranquilo ambiente,
quimeras son no más, ¡vanas quimeras!
Porque deslumbre su esplendor mis ojos,
¿esas pobres lumbreras
han de ser realidad de mis antojos?
¡Ilusión! Esta vil tierra mezquina
donde reina la muerte,
donde el dolor domina,
donde el débil es víctima del fuerte,
donde el hombre, juguete de la suerte,
falso en su fe, mudable en sus consejos,
vive propenso al mal, y al bien reacio,
¡esta tierra también, vista de lejos,
es un astro en las sombras del espacio

Una en esencia, en formas diferente,
la gran Naturaleza, conmovida
por su fuerza inmanente,
con giro permanente
y en cadena jamás interrumpida,
todo lo crea y todo lo destruye,
y, deshecho, otra vez lo reconstruye
con apariencia nunca repetida.
Y, en esta fuente que perenne fluye,
morir es renacer a nueva vida,
que a una pena otra pena sustituye.

Y, si vivo a tortura condenado,
¿qué alivio dan a mi tormento duro
el ciego olvido del dolor pasado,
ni la ciega ignorancia del futuro!

De mi anterior y venidera historia
nada el inquieto pensamiento alcanza:
¡por un lado se ofusca la memoria!
¡por otro se confunde la esperanza!
Aun en esta fugaz vida presente,
las huellas de pesares y venturas,
del tiempo con la rápida corriente
se borran de la mente
cual labor en arenas inseguras:
con más causa imprevistas u olvidadas,
las dichas y amarguras
de existencias pasadas y futuras
en profundo misterio están veladas;
y, entre densas tinieblas apiñadas,
esta vida de angustias y de tedio
es un instante conocido, en medio
de dos eternidades ignoradas.

Pero, aunque nada mi conciencia sabe
de ese ayer, ya remoto, ya vecino,
¿es mi carga presente menos grave
ni menos escabroso mi camino?
Por contener un vino y otro vino
¿guarda de todos la fragancia el vaso?
¿O, de los vientos combatido, acaso
recuerda el mastelero de la nave,
cuando surca veloz las verdes ondas,
el canto melancólico del ave
que ayer el nido cobijó en sus frondas?

Pálido, torvo, sin valor, sin tino,
por los resquicios del eterno muro
que oculta lo pasado y lo futuro,
se asoma inquieto el hombre a su destino,
como a un abismo oscuro.

Entre las sombras avanzando el cuello,
nada ve, nada alcanza. Mas, si escucha,
lamentos oye de lejana lucha,
¡clamores que le erizan el cabello!

¡Vive en tinieblas, ánimo impaciente!
mas lo que no consiente
negaciones ni dudas, lo seguro
es, el dolor presente,
recuerdo y vaticinio permanente
del pasado dolor y del futuro.
Cada átomo del mundo es un cautivo,
cada estrella del cielo una espelunca.
Si a veces me pregunto pensativo,
cuándo el tormento cesará en que vivo,
cada astro es una voz que dice: «¡Nunca»
¡Oh armonía del mundo,
del eterno dolor eterno grito!
¡Oh manantial del ser, negro y profundo!
¡Oh trabajo infecundo:
«verter lo inagotable en lo infinito!»

¿Y es esta la ventura
que a mi angustia mortal brinda el ateo?
Cuando en el libro de la vida leo,
siempre te encuentro, eternidad oscura;
y, al descifrar la página futura,
creo en el mal cuando en el bien no creo.
¡Triste materialismo,
tu esperanza más clara y más segura
es caer de un abismo en otro abismo!
Si justiciero existe un Dios eterno,
infierno puede haber, puede haber gloria;
mas si es lo eterno la mundana escoria,
y es su ley el dolor, ¡todo es infierno!
¿Dónde la nada está? ¿Dónde se encierra
la perdurable paz que ansié demente?
Eterna la materia, eternamente
al ser mantiene con el ser en guerra.
¡Sin la imagen de Dios omnipotente,
el infinito material aterra!

Mas, de improviso, en niebla tan sombría
la luz de la esperanza reverbera;
su faro enciende la conciencia austera;
y al puro rayo que su llama envía,

la impiedad vocinglera
calla con estupor, como quien viera
en la alta noche despuntar el día.

En vano a la evidencia me resisto,
cuando yo propio el argumento ofrezco
contra el error en que tenaz insisto:
aborreciendo el padecer, padezco;
aborreciendo la existencia, existo:
y ¿aún recuso el poder de otro más fuerte
que, providente acaso, acaso ciego,
insensible a la queja y sordo al ruego,
dispone de mi suerte?

Si de mí mi destino dependiera,
si muerte fuera, para mí la muerte,
¿cuándo lo que padezco padeciera?

Existe Dios; existe, y en Él creo.
No es mentida ilusión de mi deseo:
¿cuánto más iracundo
cierro los ojos a la luz del mundo,
mejor su faz en mi conciencia veo!
Los que juzgan inútil su existencia,
por más que en la impiedad ciegos se gocen,
para fundar su ciencia,
sujeto a ley el mundo reconocen.-
¿ley sin legislador? - ¡Sueño! ¡Demencia!

Pero ese Dios potente y soberano
¿es de venturas perennal venero?
¿Es de miserias manantial insano?
Vengativo, clemente o justiciero,
¿qué es para el hombre, en fin? ¿Padre o tirano?

Cuando a veces sus obras considero,
(mal que a mi fe y a mi esperanza cuadre),
aunque a sus pies postrado le venero,
por tirano le tengo, y no por padre.
Si todo es obra de su fuerte diestra,
si en todo brilla su saber profundo,
¿quién lanzó a las tinieblas de este mundo
tanta cosa siniestra?
¿Quién puso al tiburón la triple fila
de sus dientes voraces?

¿Quién en secreto afila
las garras de las fieras montaraces?
¿Quién erizó la zarza punzadora
que el pie desnudo del mendigo araña?
¿Quién la naciente espiga bienhechora
en los brazos ahogó de la cizaña?
¿Quién a los ojos del insomne búho
dio la atracción que al pájaro fascina?
¿Quién dirige de noche el triste dúo
del lince y de la loba en la neblina?
¿Quién el veneno destiló en el plomo
de su cóncavo diente a la culebra?
¿Quién la virtud, cual frágil vidrio quiebra?
¿Qué juez firmó, sellándolas con plomo,
las sentencias que el báratro celebra,
y su pluma infernal limpió en el lomo
del tigre, del leopardo y de la cebrá?
Si es Dios creador, y bueno, y soberano,
¿de dónde nace el mal? -¡Horrible arcano!

¡Nadie examina sin pavor, Dios mío,
misterio tan tremendo y tan profundo!
Mas ¡no! cuando en tu luz el alma inundo,
yo, a despecho del mal en Ti confío.
El mal no es obra tuya: es el vacío
que, donde faltas Tú, queda en el mundo!
Si el mundo, como Tú, fuera perfecto,
su esencia con tu esencia fundiría,
y tus obras quedarán sin efecto:
El mundo que tu mano formó un día,
sólo puede existir siendo imperfecto.
La imperfección, que es ley de su existencia,
a todas horas, por doquier trasluce:
sólo forzando su bastarda esencia,
tu sabia providencia,
de los senos del mal, el bien produce.
Si tu ardiente mirada no ilumina
la cúpula del cielo,
la oscuridad sus ámbitos domina,
y, entre los pliegues del nocturno velo,
hacia la nada la creación camina;

si de tu aliento bienhechor carece
la selva enmarañada,
de efluvios deletéreos impregnada
la brisa nuestras fuerzas entumece,
y la flor de la adelfa nos ofrece
su purpurina copa envenenada;
si tu mano las rocas no encadena,
los altos montes desquiciados crujen;
y si tu augusta voz no los refrena,
el león y el volcán furiosos rugen.

Y es bien, Señor, es bien que así suceda:
sin el terror que en la conciencia queda
tras los azares de la humana vida,
¿quién habrá que atajar el vuelo pueda
de la soberbia, que en el alma anida
como el ave nocturna en la arboleda?

¡Oh! cuando de mi juicio temerario
me aparta la razón, a luz más clara
tu rigor considero necesario:
si tu mano severa,
cuando yerro, mi error no castigara,
¿en qué tu omnipotencia conociera?

Desde el primer sollozo de la cuna,
sed de placer, ardiente, nos devora:
cuanto el mundo en sus senos atesora
pedimos por tributo a la fortuna;
y cuanto bien gozamos
bajo la esfera de la blanca luna
obra de nuestro mérito juzgamos.

Desvanecido por la dicha el hombre,
aunque los ojos torne a lo infinito,
no ve, Señor, tu sacrosanto nombre
con viva luz en el zenit escrito:
sus turbios ojos la soberbia empaña,
cual polvo por el viento arrebatado;
pero al fin te descubre, consternado,
si ardiente el llanto sus pupilas baña.

El dolor es la espina punzadora
que nos hace bajar la vista al suelo;
pero, en las sombras del humano duelo,

él es también la mano redentora
que nos indica el cielo.
El dolor nos advierte
que encima de esa bóveda estrellada
hay un Dios justo y fuerte,
árbitro de la vida y de la muerte,
Señor del universo y de la nada.

No son dos dioses, no, como allá un día
Persia ciega creía;
Persia, que cuando el cielo contemplaba,
dos poderes contrarios descubría:
uno que las estrellas inflamaba,
otro que las estrellas extinguía.

Sola una mano el universo mueve.
El aire que la nieve
cuaja en las altas cimas del Moncayo
es el mismo en que mayo
tibia la esencia de sus flores bebe:
así también, sin ira ni desmayo,
la diestra que los mundos equilibra
es la misma que el rayo
sobre la frente de los mundos vibra.
Justo a un tiempo y clemente,
Dios la piedad con el rigor hermana:
su cólera, volcán incandescente,
confunde a veces la soberbia humana
con hórrido aluvión de lava hirviente;
¡pero, a su pie, la fuente
del eterno perdón perenne mana!

Atribulado espíritu, ¡despierta!
si a Dios acudes, la esplendente puerta,
límite de los ámbitos del cielo,
jamás cerrada encontrará tu anhelo:
¡abierta está de par en par abierta!
La puerta del abismo...
esa no la abre Dios: ¡la abres tú mismo!
¿Ni qué otro abismo que tu mente oscura?
Como arrastra el forzado su cadena,
sujeta al pie, colgada a la cintura,
oh conciencia, en tu lóbrega clausura,

cada crimen arrastra en pos su pena.
No esperes, criminal, con ansia vana
esquivar el fatídico escarmiento:
si a veces duerme la justicia humana,
tremenda la justicia soberana
suscita el velador remordimiento.
¡En vano, en vano intentarás la huida!
¡Seguro, inevitable es el castigo;
que, de ti propio acusador testigo,
mientras dura tu vida,
donde quiera que vayas, va contigo!

En público y a solas,
¡oh miserable criminal perverso!
ya cuando ruge el huracán adverso,
ya cuando braman las revueltas olas,
temes por enemigo al universo;
y en el silencio de la noche, cuando
vas por la oscura selva caminando
si alzas la vista al estrellado cielo,
hondo pavor a tu conciencia inspiran
esos ojos sin rostro que te miran
entre las sombras del nocturno velo.
Como entra en lo profundo
de la cloaca vil precipitado
fuliginoso cieno nauseabundo
por la lluvia del cielo arrebatado,
así, en negro aluvión, de horror preñado,
la nocturna tiniebla que a deshora
con los rayos del sol barre la aurora
se sume en la conciencia del malvado.
Espantosa caverna
donde, a manera de nocturnas aves,
tristes anidan las congojas graves,
su alma vive bañada en noche eterna.

Mas si se vuelve a Dios con fe segura,
Dios en ella sus dones multiplica,
y en luz la anega, y calma su amargura,
y al fuego del dolor la purifica.

El dolor-¡oh misterio!-
el dolor no es el mal: ¡es el cauterio

que a nuestra corrupción el Cielo aplica!

Corazón miserable, nunca dudes
de la bondad divina en tu impaciencia.
Con santa competencia
brillan en Dios potentes dos virtudes:
exentas de flaqueza y de sevicia,
siempre ante la divina Omnipotencia
resiste a la clemencia la justicia;
mas vence a la justicia la clemencia.

¿Por quién tornas a Dios? ¿por quién? -Su Esencia
de toda perfección norma segura,
su bondad evidencia:
inmenso es su poder; su inteligencia
más que la luz fulgura:
y marchita se agosta en su presencia
toda humana hermosura.

A sus altos decretos
el tiempo y el espacio están sujetos.
Todo a sus santas leyes obedece:
desde el astro que inmóvil resplandece
en la cúpula azul del firmamento.
hasta el bólido raudo que parece
gallardete de luz tendido al viento.
Todo a su augusto imperio se sujeta:
hasta el vago cometa
que del cielo se pierde en lo profundo,
o junto al sol tremola
tendida al éter la candente cola
augurando catástrofes al mundo,
en su órbita encerrado le venera:
y, si de ella se aparta vagabundo,
Dios, con su marlo que en la sombra oculta,
lo ataja en la mitad de su carrera,
lo prende por la ardiente cabellera,
y en los negros espacios lo sepulta.

Para tu voluntad, todo es posible.
Para su comprensión, todo es pequeño;
que, del ser y el no ser, árbitro y dueño;
Él torna en realidad lo inconcebible,
y lo evidente, en sueño.-

¡Triste oprobio de humanas vanidades!
De unas a otras edades,
sombras ayer, mañana resplandores,
las antiguas verdades son errores,
los antiguos errores son verdades.
Sólo es segura, oh Dios, tu inteligencia:
ciega y muda ante Ti, borra la ciencia
la página que ha escrito.
En tu mente se anega lo infinito:
La eternidad se encoge en tu presencia.
Tu hermosura pregona el firmamento:
ante tu dulce aliento,
efluvio pestilente
despiden los fragantes cinamomos;
y los rayos del sol resplandeciente,
ante los rayos de tu excelsa frente
dicen temblando:-¡Oh Dios! ¡tinieblas somos!

Y a esa Esencia divina,
que en sí la plenitud del bien encierra,
¿puede faltar, oh amor, tu peregrina
lumbrera, que ilumina
los ámbitos del cielo y de la tierra?
¡Oh dulce ley forzosa!
¿qué es el amor, qué es el amor, Dios mío,
sino el lujo del ser en quien rebosa
vida, fuerza, valor y poderío?
¡Fuerza! ¡amor! ¡dos palabras
que un solo bien acordes significan!
Tú, amor, con tu poder el mundo labras;
tus alientos los orbes vivifican:
por tu saeta herido,
su trino el ruiseñor alza en la olmeda;
por ti el águila enreda
sobre el alto peñón su tosco nido;
por ti el lirio campestre
segrega el dulce aroma de su estambre;
por ti zumba el enjambre
que agota el zumo al romeral silvestre;
a tu hálito fecundo,
se inunda en lluvia de placer el mundo:

despide la violeta su fragancia,
rebosa la colmena, su tesoro
la vid nudosa en el lagar escancia,
y la granada espiga, en letras de oro,
repite por los campos:-«¡Abundancia!»

¡Oh amor, oh amor, tu diestra omnipotente
los astros a los astros eslabona!
Tú ciñes con tus manos a la ¡rente
de la noche su espléndida corona:
sin tu tierno latido
que conmueve los átomos, perdido
el dulce efluvio que entre sí se envían,
como el diamante en el crisol fundido
los astros a la nada volverían.

Tú, más casto, más puro
a más sublime condición nos llevas
si el alma humana, misterioso, elevas
mostrándole en el cielo el bien futuro:
tú solitario habitas
el oscuro rincón de las ermitas
perdidas en los páramos desiertos;
tú en el retiro y la oración marchitas
las frentes de los santos cenobitas
que ruegan por los vivos y los muertos.
¡Oh universo, hervidero de la vida,
fuente perenne que a torrentes manas,
tú, en unión por el cielo bendecida,
fuerza y amor hermanas!
Por más que el hombre su sentido tuerza,
fuerza y amor en Dios corno en el hombre,
un bien expresan con distinto nombre
y fuerza es el amor, y amor la fuerza.

Y, siendo Dios la Fuerza Omnipotente
que el mundo esparce, como esparce el prisma
los colores del sol resplandeciente,
¿no ha de ser el Amor su Esencia misma?

Señor, que en tu infinito poderío
el universo riges con tu dedo,
sólo de tu piedad duda el impío:

¡no cabe en Ti, Dios mío
la cobarde crueldad hija del miedo!
Mal tu poder comprende
quien teme que piadoso lo desdore:
¡el hombre cuyo pecho el odio enciende,
es quien tu gloria ofende
consagrando en tus aras sus rencores!

¡Alienta corazón! La Omnipotencia
no puede ser cruel: el Fuerte es Bueno,
y no hay bondad cumplida sin clemencia.
Señor, si al hombre que, de dudas lleno,
doblando la rodilla
bajo tu potestad la frente humilla,
rechazarás airado de tu seno;
si con juicio sereno
condenaras su flaca inteligencia
por no alcanzar misterios de tu esencia;
si, de piedad y compasión ajeno,
descargaras en él tu airada mano,
y en su error te ensañarás vengativo,
yo mísero mortal, yo vil gusano,
yo, que más generoso te concibo,
fuera mejor que Tú, ¡Dios soberano!

¡No! mi mente turbada
podrá errar si tu Esencia considera;
mi inteligencia dudará ofuscada,
pero mi corazón seguro espera.
Y es tan viva esta fe, que si del cielo
viera hundirse la bóveda estrellada
y los mundos volver en corvo vuelo
a los lóbregos senos de la nada, -
del negro espacio en la región vacía,
transido de pavor, mudo de espanto,
¡Dios clemente, Dios santo,
yo en tu inmensa bondad esperaría!

¡Oh! cuando el alma hiere
la luz que en tu mirada centellea,
no hay un átomo en mí que en Ti no crea,
no hay un átomo en mí que en Ti no espere;
y, ciego con los vívidos destellos,

que ofuscan mí turbada fantasía,
a expresarte mi amor no alcanzaría
si lenguas se tornaran mis cabellos.

Este férvido amor que a Dios se lanza
buscando lo perfecto en lo absoluto,
esta firme esperanza
que robustecen el dolor y el luto,
esta fe poderosa
que ilumina las sombras del misterio,
hablan al corazón en cada fosa
de tu recinto, ¡oh mudo cementerio!

Por eso, con la mente oscurecida,
pero con la conciencia despejada:
cansado de la vida,
pero a vivir el alma resignada;
fiel a Dios y a la esposa
que en ti cayó desde mis brazos yerta
y en tu seno esperándome reposa,
¡oh muda tumba solitaria y fría
donde ni un eco mi clamor despierta,
yo, al espirar la luz de cada día,

sin miedo y con amor llamo a tu puerta!

△

Desengaño

En pos de la verdad, con ansia impía
corrí desatentado,
pero, alcanzada al fin, ¡cuánto daría
por no haberla alcanzado!

△▽

△▽

Citación

Cuando un muerto en hombros,
llevan a enterrar,
me parece que con la cabeza
llamándome va.

△▽

«Vete en paz -le digo;-,
»vete, y duerme en paz:
»que a esa cita, más tarde o más pronto,
»nadie ha de faltar».

△▽

Las campanas

Hay en el campanario cuatro ventanas,
y en ellas suspendidas cuatro campanas.
Con voz aguda a veces y a veces grave,
cosas hablan que el labio decir no sabe;
pero, si atento escucho, bien pronto advierto
que unas tocan a gloria y otras a muerto.

△▽

Dicen las dos menores: «¡Cantad victoria!
¡Hoy el alma de un niño vuela a la gloria!»
Dicen las dos mayores: «Hoy muda y grave
va un alma desprendida... ¿dónde?-¡Quién sabe!»
Y así alternando tocan, en turno incierto,
unas veces a gloria y otras a muerto.

Yo sé que, ya remotas o ya cercanas,
siempre he de oír las voces de las campanas,
mas ¿quién sabe en su turno, siendo tan vario
qué tocarán los bronces del campanario?
Yo, por más que medito, jamás acierto
cuándo ha de ser a gloria ni cuándo a muerto.

¿Qué importa? En los espacios desvanecido,
su clamor siempre es eco de algún gemido:
recordando en qué para la humana escoria,
siempre al mundo repiten la misma historia;
y, ya alegres, ya tristes, ello es lo cierto
que, aunque toquen a gloria, tocan a muerto.



Humildad



Pensamiento, que al cielo subes y subes,
mira bien no te pierdas entre las nubes.
Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,
pensamiento que altivo subes al cielo.
No te arrebate loca la humana ciencia:
los consejos atiende de la prudencia;
escucha a los que, en alas de su ardimiento,
cruzaron las regiones del vago viento,
y verás que encontraron -¡triste enseñanza!-
fallidas las promesas de su esperanza.

Del éter en la triste región inerte,
acechando a la vida vela la muerte.
Conforme de la tierra se va elevando
el hombre, de la vida se va apartando:
en los altos espacios -¡raro portento!-
falta luz a sus ojos, aire a su aliento;
sudor de sangre baña su torva frente;
vértigos tenebrosos cruzan su mente;
sus miembros relajados embarga el frío:
¡todo es calma, silencio, sombra, vacío!

Tal es también la suerte del hombre vano
que penetrar intenta lo sobrehumano:
cuando a inquirir misterios de Dios se lanza,
cuanto más alto vuela, menos alcanza;
y cuanto más invoca su estéril ciencia,
más confunde su orgullo la Omnipotencia.

Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,
pensamiento que altivo subes al cielo.
Mejor a Dios te elevas cuando te humillas:
¡nunca es más grande el hombre que de rodillas!



Cuatro tablas

Lujosa o pobre, ligera o grave,
desde que naces hasta que mueres,
de cuatro tablas consta la nave
donde te embarcas sin inquietud:



Una es el timbre de tus honores,
otra es la mesa de tus placeres,
otra es el lecho de tus amores,
y otra la tapa de tu ataúd.



Mensaje

Ángel santo de mí guarda,
tú que sabes mi aflicción,
dame nuevas de mi esposa,
que en el cielo está con Dios.



Hace un año que la llamo,
que la llamo en mi dolor,
sin que logren ver mis ojos
su celeste aparición;

pues por más que compasiva
ella acude a mi clamor,
las tinieblas que me ciegan
no me dejan verla, ¡no!

Sólo siento el dulce halago
de una santa inspiración,
y una voz que sin palabras
habla muda en mi interior;

pero aquel bendito influjo
se disipa tan veloz,
que a dudar el alma vuelve
si es verdad o es ilusión.

Dime, tú que allá en el cielo

ves su faz y oyes su voz,
si se duele de mi pena,
si se acuerda de mi amor,
 si me guarda el santo afecto
que ante el ara me juró,
y si a Dios ofrece unida
su oración con mi oración;
 que yo sé que si en el cielo
la memoria no perdió,
no me falta en mis congojas
quien por mí ruegue al Señor.

Dile, dile, por tu vida,
que en mi amarga turbación,
ni aun me curo de aquel ángel
que al morir me encomendó.

Dile tú que el pobre niño,
compartiendo mi aflicción,
triste vive y macilento
desde que ella nos dejó;

 porque son mis desventuras
aguas turbias de aluvi3n,
que al mortal que de ellas bebe
le marchitan el color.

Embargada tengo el alma
de una vaga sensaci3n,
de inquietud y desaliento,
de cansancio y estupor.

 Mi alimento son las penas,
mi consuelo es la aflicci3n,
las vigiliasson mi sueño,
mi placer es el dolor.

Ni me agrada selva umbría,
ni jardín que tenga flor,
ni ramblar que riegue el agua,
ni lugar que alumbre el sol;
 ni me incitan los placeres,
ni me ofusca el esplendor,
ni la gloria me cautiva,
ni me tienta la ambici3n;

 que grandezas y venturas
de este mundo engaador,

si ofrecérselas no puedo,
¿para qué las quiero yo!

△▽

Aniversario

Hoy hace un año que, al morir el día
con la luz del crepúsculo incolora,
aquí, donde doliente gimo ahora,
a un tiempo comenzó nuestra agonía.

△▽

Breve la tuya fue; pero la mía,
que el corazón y el alma me devora,
prolongándose lenta de hora en hora
dura al cabo de un año todavía.

Cuando de mi perdido bien me acuerdo
y a medir mi desdicha el juicio alcanza.
transido de dolor, el juicio pierdo;
y abatido descubro en lontananza
tus amores por único recuerdo
y la muerte por única esperanza.

△▽

Valle-hermoso

Valle-Hermoso, Valle-Hermoso,
¡qué mal tu nombre te cuadra!
Ni ramas te prestan sombra,
ni flores tu suelo esmaltan.

△▽

Inmunda charca es tu fondo,
tristes collados tus bandas,
que el cierzo hiela en invierno,
que el sol en verano abrasa.

Ni las aves te visitan,
ni te conocen las auras,
ni en la arena de tu suelo
la oveja su huella estampa.

Tu música son los golpes
del martillo y la almádana
con que el adusto cantero
tosco granito desbasta:

y tus aromas y esencias,
los insalubres miasmas
de dos fétidos tejares
que densa humareda exhalan.

Valle-Hermoso, Valle-Hermoso,
¿por qué a tu estéril comarca,
cuando triste muere el día,
triste dirijo mi planta?

¿Qué irresistible atractivo,
qué oculto misterio guarda
para mi errabunda mente
tu arena inhospitalaria?

¡Ay! que en la yerma colina
que tus términos señala
cipreses de un cementerio
las negras copas levantan;
y, en el muro que los cerca,
breve blanquecina mancha
con poder irresistible
ya es imán de mis miradas.

No es mucho ¡ay de mí! no es mucho
que a ti el corazón me traiga:
¡no es mucho, que tengo amores
ocultos tras esas tapias!

Si lo dudas, Valle-Hermoso,
testimonios no me faltan.
Díselo tú, vida mía,
díselo tú que me aguardas.

Dile, dile cuántas veces
en vigilia solitaria,
de rodillas a esas puertas
logró sorprenderme el alba.

Dile que por tus amores
las tinieblas no me espantan,
ni las lluvias me intimidan,
ni las nieves me acobardan;
que aquí mi afán se mitiga

y aquí mi mente se explaya,
y aquí mis dichas se encierran,
y aquí mora mi esperanza.

Ya estos sauces me conocen,
y estos cipreses me llaman,
y estos senderos conservan
la señal de mis pisadas.

Lindero es ya de dos mundos
la losa que nos separa:
tú, en uno, duermes sin vida;
¡yo, en otro, velo sin alma!

△▽

Desde el promontorio

En la Magdalena,
cerca del Puntal,
donde acaba el puerto
y entra la alta mar,
sobre el promontorio
que al estrecho da,
las revueltas olas
me paré a escuchar.

Desde allí los ojos,
en la soledad,
horizonte inmenso
logran dominar.

Cuando inquieto y vario,
de mudable faz,
siempre parecido,
pero nunca igual:

olas encrespadas
que avanzando van;
blancos hervideros
que alza el vendaval;
crestas infinitas,
en que ofusca al par
con lo innumerable
lo descomunal;
pálidas neblinas
que a la costa dan

△▽

algo de ilusorio,
mucho de espectral;
 nubes que semejan
cráter de volcán;
lívidos destellos
en su oscuridad;
 blancas gaviotas
que, con vuelo audaz,
las turbadas ondas
rasan al pasar;
 vaga transparencia,
negra opacidad,
que en el agua inquieta
cambian de lugar;
 monstruos que el abismo
lanza horrible al haz
de la mar que vela
su profundidad;
 ásperos efluvios
de alga y ova y sal,
varonil aliento
de la tempestad;
 brumas desgarradas
por el huracán;
velas que se pierden
en la inmensidad;
 inquietud perpetua,
perdurable afán:
nunca el agua en calma,
nunca el viento en paz;
 y al lejano extremo
de esta enormidad,
tras el velo tenue
de vapor fugaz,
 inmutable, fija,
luenga, colosal,
lisa, llana y triste
como la verdad,
 entre mar y cielo
línea horizontal
que parece el linde

de la eternidad.

En las hondas cuevas
que a mis pies están,
eco del abismo,
grito sepulcral,
queja que a las olas
clama sin cesar:
«¿cuándo vuestro embate,
cuándo cesará?»

Mientras las rompientes
con furor tenaz
roncas le responden:
«¡Oh! ¡jamás! ¡jamás!»

Ante aquella lucha
ciega y pertinaz,
me embargó la mente
vértigo infernal.

Aparté la vista,
retiré la faz;
y, al cerrar los ojos,
descubrí otro mar:
mar donde se funden
sueño y realidad,
y lo inverosímil
es lo natural;
mar donde terribles
turban toda paz
las eternas luchas
entre el bien y el mal:
lánguidos desmayos
de la voluntad;
voz de la esperanza,
siempre desleal;
sombras de la duda,
luz de la verdad;
el dolor perenne
y el placer fugaz;
¡y es que al duro embate
de la adversidad,
ver el alma humana
siempre es ver el mar!



En todas partes

En vano me resisto a la evidencia:
desde el astro hasta el átomo infecundo,
una mano inmortal gobierna el mundo,
y un Ser lo vivifica con su esencia.



En vano, por huir de su presencia,
los ojos a la luz cierro iracundo:
¡mejor lo veo, con terror profundo,
en el fondo leal de mi conciencia!

Doquiera, oh Dios, que audaz me precipito,
tu Ser, de todo ser límite y centro:
lo eterno agota y llena lo infinito:

en el mundo, en el alma -¡fuera y dentro!-
¡Ay! ¡cuanto más te encuentro, más te evito,
y cuanto más te evito, más te encuentro!



Tres años

Pasa un día y otro día,
pasa un mes tras otro mes:
tanto tiempo va pasando,
que contarle ya no sé.



Filtración que gota a gota
sobre un risco da en caer,
grano a grano lo deshace
y horadado al fin lo ve.

¡Pensamientos de mi mente,
gotas sois de amarga hiel!
¿De qué roca tengo el alma
que aún entera dura en pie?

Tres años llevo, tres años
de penar y padecer:
¡lo que en ellos he sufrido,

Dios lo sabe y yo lo sé!

Dulce esposa de mi alma,
sin tu amor, que fue mi bien,
triste y árida es mi vida
como copa de ciprés.

De llorar mi desventura,
ciego al fin me quedaré:
¿para qué quiero los ojos
si tu rostro no han de ver?

△▽

El sauce y el ciprés

(A Carlos Cano, en la muerte de su hijo)

Llevo tanta amargura dentro del alma,
que de mí en vano esperas consuelo y calma;
y, aunque a llorar contigo tu cuita vengo,
mal puedo darte, Carlos, lo que no tengo.
Cuando de luto un pecho la muerte llena,
lo que dura la vida dura la pena.

△▽

Recibe resignado la que hoy te aflige:
los hombres la merecen; Dios las elige,
por más que nos amarguen, todas son buenas:
¡a ser de nuestro gusto, no fueran penas!

Yo, que llevo la mía muda en mi pecho,
todo consuelo humano de mí desecho.
Aceptándola humilde sin resistencia,
las horas le consagro de mi existencia;
y no diera este amargo dolor profundo
por todos los placeres que ofrece el mundo.

Quando vierte la tarde sombra y misterio,
penetro en el recinto del cementerio.
Allí, donde perpetua reina la calma
silenciosos y tristes hablan al alma
el sauce, cuyas hojas besan el suelo,
y el ciprés, cuya punta señala el cielo.

Allí, con mudas voces a su manera,
el uno dice: -«¡llora! y el otro: -«¡espera!»

Dice el sauce: -«este suelo duro y helado
para siempre te roba lo que has amado.
Aquel ser dulce y bueno que tu alma llora,
de polvo fue formado; polvo es ahora.
Ya no enreda sus manos en tu cabello
ni sus brazos amantes ciñe a tu cuello;
ya, en tus horas de angustia, con beso ardiente
no se posan sus labios sobre tu frente;
ya de aquella mirada dulce y tranquila,
no se filtran los rayos en tu pupila:
ya son sus bellas manos yertos despojos;
¡mudos están sus labios, ciegos sus ojos!
De polvo fue formado, polvo es ahora,
sueño fueron tus dichas. ¡Ay! ¡Llora! ¡Llora!

Dice el ciprés: -«No inclines la vista al suelo:
¡los ojos y la mente levanta al cielo!
Lo que esa tierra cubre fue vil escoria:
hoy, libre de ella, el alma vive en la gloria.
Vive: y, de tus acciones mudo testigo,
en tus noches de insomnio vela contigo.
Si en ruines pensamientos tu alma se anega,
ella, ante Dios postrada, por ti le ruega;
y, cuando el bien al cabo triunfa en tu pecho,
sus dos alas extiende sobre tu lecho.
Velando en torno tuyo constante gira,
y el mal de tu alma ahuyenta y el bien te inspira
y, ciñendo a tus sienes letal beleño,
con el dedo en el labio te guarda el sueño.
Hombre, eleva los ojos a la alta esfera;
allá van los que vencen. ¡Espera! ¡Espera!"

Así, cuando la tarde descende en calma,
silenciosos y tristes hablan al alma
el sauce, cuyas hojas besan el suelo,
y el ciprés, cuya punta señala el cielo.
Así, con mudas voces, a su manera,
el uno dice: -¡Llora!» y el otro: -«¡Espera!»

Y yo, que los designios de Dios venero,
resignado y humilde, lloro y espero.

△▽

Semper et ubique

De las estrellas blasfemé iracundo,
por blasfemar de Dios hasta en sus huellas;
y, huyendo de Él y de ellas,
me arrojé a lo profundo;
¡y ahondé!.. ¡y ahondé!... -Y, atravesando el mundo,
¡hallé sobre mi frente las estrellas!

△▽

△▽

A la muerte

Yo te saludo, oh muerte redentora,
y en tu esperanza mi dolor mitigo,
obra de Dios perfecta; no castigo,
sino don de su mano bienhechora.
¡Oh de un día mejor celeste aurora,
que al alma ofrece perdurable abrigo,
yo tu rayo benéfico bendigo.
y lo aguardo impaciente, de hora en hora.
Ante las plagas del linaje humano,
cuando toda virtud se rinde inerte,
cuando todo rencor fermenta insano,
cuando al débil oprime inicuo el fuerte,
horroriza pensar, Dios soberano,
lo que fuera la vida sin la muerte!

△▽

△▽

A media noche



Quizá serán delirios de mi locura,
o fantasmas que engendra la noche oscura;
pero -cuando, rendido tras larga vela
en que al alma doliente nada consuela,
derramando en mis sienes letal beleño,
mis párpados cansados entorna el sueño,-
por las oscuras sombras, o desvarío,
o una alas se agitan en torno mío.

En medio del letargo que me domina,
un rayo misterioso mi alma ilumina;
y, entre las vagas ondas del aire vano,
una visión distingo de rostro humano:
visión fascinadora que infunde al alma
esperanza y consuelo, quietud y calma.
Dulce expresión le prestan y aspecto santo
una cándida toca y un negro manto,
y su pálida frente leve rodea
una blanca aureola que centellea.
Considera piadosa mi amargo duelo;
con la mano tendida me muestra el cielo;
y su voz, como brisa de primavera,
dulce y mansa me dice: «¡Sufre y espera!»

Yo conozco el aliento de aquella boca;
yo conozco aquel manto y aquella toca,
desde una triste noche que, delirando,
a la luz de unos cirios pasé velando:
¡triste noche solemne, triste velada
que dejó el alma mía regenerada!

Dulce voz que me alientas en mi agonía,
¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!
Por tus santas palabras, que fiel venero,
resignado a mi suerte sufro y espero;
por ti, por ti la mano de Dios bendigo,
que imparcial nos reparte premio y castigo;
por ti me postro humilde bajo esa mano;
por ti soy religioso, por ti cristiano.

Dios, que sabe la historia de mi tormento,
por ti en mis amarguras me infunde aliento.
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,
dulce voz que reanimas mis esperanzas,
nunca niegues tus ecos al alma mía;
que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

△▽

Insomnios

Ella mitiga mi pena;
ella mis faltas perdona;
ella mi mente serena:
mi Dolores es tan buena
que ni aun muerta me abandona.

△▽

Yo, que a par del bien que espero
mundo y vida tengo en poco,
con profundo amor sincero,
como a un ángel la venero,
como a una santa la invoco;
y ella, si en negro crespón
a envolver la duda alcanza
mi vacilante razón,
me ilumina el corazón
con un rayo de esperanza.

En estas noches sin sueño,
cuando tenaz y traidora,
neutralizando el beleño,
me agita con duro empeño
la fiebre devoradora;

cuando aguardando impaciente
la luz del cercano día
que aún no despunta en oriente,
siento correr por mi frente
sudores de la agonía;

mientras implacable y fiera
se acerca a pasos traidores
la muerte a mi cabecera,
la sombra de mi Dolores

es mi mejor enfermera,
¡Cuántas veces, a mi cita,
conmigo viene a velar
esa aparición bendita,
sin cuyo amparo, en mi cuita,
nunca puedo descansar!

Como niebla misteriosa
penetra en mi habitación;
su mano en mi pecho posa,
y su sonrisa piadosa me
dilata el corazón.

Por el cuello me echa el brazo,
con el labio me alza el ceño,
y en ese místico abrazo,
sobre su dulce regazo
logro conciliar el sueño.

Santa sombra bienhechora
que siempre a mi lado hallé
compasiva y protectora,
¡sostén mis pasos ahora
que pongo en la tumba el pie!

Ciñe a mi sien el beleño
que calma toda ansiedad;
y así, en deliquio halagüeño,
duerma yo contigo el sueño

que dura una eternidad.

△

Desaliento

Al cabo de seis años de agonía
todo me cansa ya, todo me hastía:
hasta el llanto que un tiempo me alivió.
Lleno estoy de estupor y de pereza,
como el que al alba su jornada empieza
y el sueño en larga noche no probó.

En mi ánimo confuso y turbulento,
siempre, de pensamiento en pensamiento,

△▽

tu dulce imagen vaga sin cesar,
como en noche callada, triste y sola,
melancólica, vaga, de ola en ola,
la imagen de la luna sobre el mar.

Yo sé que Dios con su hálito podría
en el fondo leal del alma mía
borrar tu imagen y extinguir mi amor.
Mas ¡ay! para mi espíritu abatido,
a las lóbregas sombras del olvido
prefiero el triste rayo del dolor;

que si es terrible el ronco mar violento,
cuando agitadas a merced del viento
las verdes olas reventando van,
más me horroriza el agua que, estancada
por el árido cierzo congelada,
resiste inalterable el huracán.

Sé que la saciedad la pena embota;
sé que, abusando, hasta el dolor se agota;
sé que nada es eterno: ¡ni el amor!
Por eso, conteniendo el triste lloro,
conservo mi ansiedad como un tesoro
y como un beneficio mi dolor.

La vida sobre mí terrible pesa;
y, entretanto, en el fondo de la huesa,
sordo tu cuerpo a mi gemido está.
Mas nada hay fijo en la inconstante suerte:
si hoy nos separa sin piedad la muerte,
la muerte al fin a unirnos volverá.

△▽

Fe

Todo, Señor, publica tu existencia;
todo tu gloria canta;
y, si todo enmudece, la conciencia
tu imagen agiganta.

Su fe te rinde el hombre en quien despiertas,

△▽

ya esperanzas, ya angustias;
su olor te dan las rosas entreabiertas
y las violetas mustias.

Tu alabanza pregonada con su arrullo
la tórtola en la olmeda,
y una oración te eleva en su murmullo
la trémula arboleda.

Nadie, Señor, tu enojo desafía
ni tu ira desconoce;
y, al quererte burlar, la hipocresía
tu imperio reconoce.

El malo, como el bueno, al invocarte
se somete a tu yugo;
y aspiran a ponerte de su parte,
ya el mártir, ya el verdugo.

A ti claman, Señor, la plebe opresa
y el déspota vencido:
tu auxilio imploran el león sin presa
y el ruiseñor sin nido.

Todos a tu poder se supeditan,
y, besando tu huella,
todos, Señor, tu amparo solicitan
con razón o sin ella;

y, si airado nos vuelves el semblante
con ceño furibundo,
trepida como un seno palpitante
la redondez del mundo.

¡Sólo el sabio a dudar de ti se atreve!
¡Él, con saña ferina,
ciego escupe a la fuente donde bebe
y al sol que le ilumina!

No estudia el libro que a Moisés pasmado
tu almo labio dictaba,
ni el otro donde Newton admirado
tu nombre descifraba.

Haciendo escarnio de la fe sencilla,
no sabe ¡oh vil recelo!
ni doblar en la tierra la rodilla,
ni alzar la frente al cielo.

Si halla claras tus huellas inmortales,
blasfemando se aleja.

Ve la miel rebosar en los panales,
¡y aún duda de la abeja!

△▽

Ofrenda

Emblema del dolor y la amargura
que en mi pecho dejó la suerte esquiva,
esta flor, siempre viva,
consagro a tu tranquila sepultura.

△▽

Nació en los campos ignorada y sola;
su amarilla corola
no arrebató al jazmín la esencia pura,
ni al nardo la frescura,
ni al clavel los colores encendidos:
no halaga los sentidos;
¡pero tenaz sin marchitarse dura!

△▽

Nostalgia

Un cántico de amor y de esperanza
hierve en mi ardiente pecho:
a ti, Señor, mi espíritu lo lanza
en lágrimas deshecho.

△▽

A las flores el llanto de la aurora
da vida en el estío:
las lágrimas de amor que el hombre llora,
del alma son rocío.

¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza
diste a la pena mía,
tornando en dulces horas de esperanza
mis horas de agonía!

En éxtasis divino arrebatado,
crece mi ardiente anhelo
cada vez que contemplo embelesado

ese libro del cielo.

Leyendo lo que en él tu mano ha escrito,
hora paso tras hora.

¡Siento una sed ardiente de infinito
que el alma me devora!

¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
de luz y de armonía!

¡Un alma, un alma amante allí me espera,
que hermana es de la mía!

Desde que ella voló, yo aquí cautivo,
su ausencia estoy llorando:
¡nueve años hace que sin alma vivo,
por ella suspirando!

A ti, callada tumba, a ti mi frente
macilenta se inclina,
como el ave del páramo a la fuente
del agua cristalina.

¡Cuerpo, baja al sepulcro, que te espera
como el mar a la nube!

¡Alma, remonta el vuelo a la alta esfera!

△

¡Sube a los cielos, sube!

Recuerdo

¡En mis brazos murió! Boca con boca,
bebí anhelante su postre aliento,
que, aumentando por grados mi tormento,
desde entonces el alma me sofoca.

Yo mismo la vestí. Mudo cual roca,
sin lanzar un gemido ni un lamento,
cumpliéndole un sagrado juramento,
negro manto le puse y blanca toca.

Hoy, cuando la amargura me enloquece,
una dulce visión de aspecto santo
con hábito monjil se me aparece.
Compasiva me mira; y cuando el llanto

△▽

mis párpados cansados humedece,
las lágrimas me enjuga con su manto.

△▽

Fuensanta

I

Ante un féretro

Fue dulce como una poma,
granada como una espiga,
guardosa como una hormiga,
mansa como una paloma;
dio consuelo a todo afán,
dio a toda orfandad abrigo;
ni su pan negó al mendigo,
ni ociosa comió su pan;
el bien buscó sin reposo,
siempre en Dios la mente fija;
fue hermana para su hija,
fue madre para su esposo;
y de virtud singular
dejando ejemplo a los dos,
hoy ante el trono de Dios
es su santa tutelar.

△▽

No es necesario nombrarla;
nombrarla fuera ofenderla;
¡quien una vez llegó a verla,
con nadie ha de equivocarla!

II

Un año después

A Antonio Grilo.

Hoy hace un año que tu bien perdiste:
doce hará pronto que perdí yo el mío;
y desde entonces, con profundo hastío,
el alma llevo solitaria y triste.

△▽

No esperes que la calma reconquiste
tu pobre corazón doliente y frío,
ni que llene su bártro sombrío
cuanto en el mundo material existe.

Tanto como el vivir dura esa cuita;
y eterno fuera nuestro ardiente anhelo,
si el alma, cuando atónita medita,
sólo encontrara en el oscuro cielo
esa serie de ceros infinita
que describen los astros con su vuelo.

△▽

Aspiración

Yo esperaba que Dios me dejaría
gozar la paz de la vejez contigo,
y que el sol de tu invierno me daría
serena luz y bienhechor abrigo.

△▽

Yo esperé que la diestra soberana
nos diera, en medio del tumulto humano,
pasar como un hermano y una hermana
caminando cogidos de la mano.

Yo esperé que corrieran nuestras vidas
como van por oteros y por lomas
de dos en dos las tórtolas unidas,
de dos en dos unidas las palomas.

¡Oh mezquina esperanza malograda!
Hoy me deja el Señor, sordo a mi ruego,
tras una juventud atropellada
una vejez sin calma y sin sosiego.

¡Oh amor, fruto que tarde te sazonas!
tu acidez, tu aspereza, tu amargura
diste a mi juventud; -y hoy me abandonas:

¡hoy que empecé a gozar de tu dulzura!
¡Oh Dolores, oh esposa, oh compañera,
consuelo de mi espíritu afligido,
perder tu amor, que fue mi vida entera,
es perder ¡ay de mí! ¡cuanto he vivido!
Por eso, en mi dolor, con ruego vano,
pronunciando tu nombre miro al cielo,
y, sordo a todo llamamiento humano,
morir, sólo morir doliente anhelo.

En vano me repiten que es locura
tanto amor, tanta fe, tanta constancia;
que el dolor, si su alivio no procura,
más que duelo es estéril arrogancia;
que es heno toda carne; sueño breve
toda vida; ilusión todo contento;
toda humana esperanza nube leve
disipada al furor del ronco viento;
que es sacrílego el hombre si no inclina
la frente ante la diestra soberana,
y que acatar la voluntad divina
es la primera obligación humana.

Yo los dejo decir, y, en mi agonía,
resignado recibo su sentencia:
ellos saben allá su teología;
yo no sé más que amar: esa es mi ciencia.

Yo sólo sé decir que no me es dado
sufrir sin queja tan profunda herida,
y que es triste marchar solo y cansado
por el árido yermo de la vida.

¿Decís que el tiempo calmará mi duelo
y el eco extinguirá de mi querella?
Pues bien, por eso sucumbir anhelo:
¡porque quiero morir pensando en ella!

¡Oh! mal conoce, quien me pide calma,
a ese Dios cuyo santo nombre invoca,
a ese clemente Dios que llena el alma
de amor y llanto cuando en ella toca.

¡Oh! mal conoce el ignorante sabio
al que, por dar remedio a nuestra herida,

valeroso a la hiel aplico el labio
y en prueba de su amor nos dio su vida:
al que encendió la redentora llama
que el bien acendra y santifica el duelo;
al que nos dijo: -«Amaos, como os ama
vuestro Padre inmortal que está en el cielo»;
al que, en prenda de amor sacrificado,
el amor infinito reverbera,
y, al duro leño de la cruz clavado,
con los brazos abiertos nos espera.

No puede, oh Dios, tu voluntad sagrada
querer que en sus congojas y pesares
olvide el corazón la fe jurada,
la fe jurada al pie de tus altares;
ni que amores ante ellos prometidos
sean como en las fieras en nosotros,
apetito brutal de los sentidos
que, agotado un manjar, se ceba en otros.

Tiene tu Libro, que en el alma imprime
consuelo para todos los pesares,
un cantar que por tierno y por sublime
se apellida el *Cantar de los cantares*;
y aquel idilio, que en acción sucinta
recónditos misterios nos declara,
cuando el amor de Dios y el alma pinta,
al de esposo y esposa lo compara.

¿Cómo ha de ver mi amor con ceño duro
quien lo ensalzó con simil tan hermoso?
ni ¿cómo has de execrar amor tan puro
tú que eres todo amor, Dios bondadoso?

Tan grande es tu ternura sin falsía,
que nunca en vano la invocó mi anhelo:
al pronunciar tu nombre, de alegría,
sobre mi frente se dilata el cielo.

Tu amor es puro manantial suave
que en todo vierte su raudal fecundo.
Quien no probó tu amor, de amor no sabe:
¿de quién sino de Ti lo aprende el mundo?

Claro como la clara luz del día,
tu verbo en todo sin cesar penetra:
¡oh brisa, oh bosque, oh mar, vuestra armonía

no es una vana música sin letra!

Todo habla, y todo al par dice lo mismo;
todo en una oración cifra su anhelo:
«¡amor!» clama el reptil en el abismo;
«¡amor!» repite el ángel en el cielo;
y el sol, y las estrellas, y la luna,
juntando sus plegarias al gemido
de tierra, viento y mar, cantan a una
el amor demandado y concedido.

¡Oh amor, oh santo amor, llama primera
y última luz del alma congojada,
en la edad juvenil ardiente hoguera
y hogar tranquilo en la vejez cansada!

¡Oh amor, que como el Fénix te eternizas
por la virtud que en ti constante llevas,
y si al fin te consumes en cenizas,
de tus propias cenizas te renuevas!

¡Oh amor, oh santo amor, límpida fuente
de virtud, de ventura, de consuelo,
que tienes en la tierra tu corriente
y tu vena purísima en el cielo!

¿Qué es sin ti, qué es sin ti la humana vida?
¡presa del vicio o del dolor profundo!
¡polvo seco o materia corrompida!
¡arido yermo o lodazal inmundo!

Todo cuanto en la tierra vil se mueve,
por su inercia nativa tiende al suelo:
tú, amor, tú eres la fuerza a quien se debe
que las almas graviten hacia el cielo.

Vana es la dicha que del mundo nace,
breve el placer que el mundo proporciona,
humo aquélla que el ábrego deshace,
flor éste cuyo fruto no sazona.

¡Oh amor, oh amor, tú sólo eterno duras,
tú sólo das delicias verdaderas,
y, rotas las mortales ligaduras,
más allá de la tumba perseveras

Esposa, cuando el alma que hoy delira
calme la muerte que con ansia espero

y el triste pecho que por ti suspira
al viento rinda el hálito postrero;
 cuando, cubierto por la verde alfombra
del césped, este cuerpo dolorido
abra los ojos a la eterna sombra
y al eterno silencio abra el oído;
 cuando sobre él, despojo miserable
sumido en las tinieblas del osario,
tomen su eterna forma inalterable
los inmóviles pliegues del sudario;-
 entonces, para el alma libre y pura,
gloria será cuanto es tormenta ahora:
lágrimas que lloró la noche oscura
perlas son en la frente de la aurora.
 Entonces, en los ámbitos del cielo,
donde apaga el dolor su agudo grito,
la mente humana sin humano velo
contemplará lo eterno y lo infinito;
 ¡y entonces te veré! -pero ese día
¿cuándo al fin llegará? ¿cuándo? -¡qué importa!
¡para el que espera el bien y en Dios confía,
la eternidad es corta!

△▽

Reliquias

 Guardo en un sencillo armario,
que con tu nombre sellé,
tus vestidos, tu rosario
y el viejo devocionario
que al casarnos te entregué.
 Marchitos ya los colores
que a tu ventana lucieron
en otros tiempos mejores,
guardo allí también las flores
que a la par de ti murieron;

△▽

y entre objetos tan amados,
¡Dolores, del alma mía!
revueltos y enmarañados
tus cabellos, impregnados
del sudor de tu agonía.

Llorando a solas conmigo,
por dar alivio a mi afán
yo los beso y los bendigo;
cuando me entierren contigo,
con ellos me enterrarán.

De tan largo padecer
estoy macilento y cano:
cuando me vuelvas a ver,
si no los llevo en la mano,
no me vas a conocer.

△▽

Restitución

Estas pobres canciones que te consagro,
en mi mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
mi voluntad en ellas no tiene parte:
yo no sé resistirlas ni suscitarlas;
yo ni aun sé comprenderlas al formularlas;
y es en mí su lamento, sentido y grave,
natural como el trino que lanza el ave.
Santas inspiraciones que tú me envías,
puedo decir, esposa, que no son mías:
pensamiento y palabra de ti recibo:
tú en silencio las dietas; yo las escribo.

△▽

Desde que abandonaste nuestra morada,
de la mortal escoria purificada,
trasformado está el fondo del alma mía,
y voces oigo en ella que antes no oía.
Todo cuanto en la tierra y el mar y el viento,
tiene matiz, aroma, forma o acento,
de mi ánimo abatido turba la calma
y en canción se convierte dentro del alma.

Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
todo está confundido con tu recuerdo:
¡sin él, todo es silencio, sombra y vacío
en la tierra y el viento y el mar bravío!

Revueltos peñascales, áspera breña
donde salta el torrente de peña en peña
corrientes bullidoras del claro río;
religiosos murmullos del bosque umbrío;
tórtola que en sus frondas unes tus quejas
al calmante zumbido de las abejas;
águila que te ciernes en corvo vuelo
por el azul espacio que cubre el cielo;
golondrina que emigras cuando el octubre
con sus pálidas hojas el suelo cubre,
y al amor de tu nido tornas ligera
cuando esparce sus flores la primavera;
aura mansa que llevas, en vuelo tardo,
efluvios de azucena, jazmín y nardo;
brisas que en el desierto sois mensajeras
de los tiernos amores de las palmeras:
(¡de las pobres palmeras que, separadas,
se miran silenciosas y enamoradas!)-
pardas nieblas del valle, nieves del monte,
cambiantes y vislumbres del horizonte;
tempestad que bramando con ronco acento
tus cabellos de lluvia tiendes al viento;
solitaria ensinada, restinga ignota
donde oculta su nido la gaviota;
olas embravecidas que pone a raya
con sus rubias arenas la corva playa;
grutas donde repiten con sordo acento
sus querellas y halagos la mar y el viento;
velas desconocidas que en lontananza
pasáis como los sueños de la esperanza;
nebuloso horizonte, tras cuyo velo
sus límites confunden la mar y el cielo;
rayo de sol poniente que te abres paso
por los rotos celajes del triste ocaso;
melancólico rayo de blanca luna
reflejado en la cresta de escueta duna;
negra noche que dejas de monte a monte

granizado de estrellas el horizonte;
lamento misterioso de la campana
que en la nocturna sombra suena lejana,
pidiendo por ciudades y por desiertos
la oración de los vivos para los muertos;
plegaria que te elevas entre las nubes
del incienso que en ondas al cielo sube
cuando al Señor elevan himnos fervientes
santos anacoretas y penitentes;
catedrales ruinosas, mudas y muertas,
cuyas góticas naves hallo desiertas,
cuyas leves agujas, al cielo alzadas,
parecen oraciones petrificadas;
torres donde por cima de la veleta
que a merced de los vientos se agita inquieta,
señalando regiones que nadie ha visto
tiende inmóvil sus brazos la cruz de Cristo:
luzes, sombras, murmullos, flores, espumas,
trasparentes neblinas espesas brumas,
valles, montes, abismos, tormentas, mares,
auras, brisas, aromas, nidos y altares,
vosotros en el fondo del alma mía
despertáis siempre un eco de poesía,
y es que siempre a vosotros encuentro unido
el recuerdo doliente del bien perdido.
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro
de la tierra y el viento y el mar sonoro!

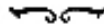
Ya lo ves: las canciones que te consagro,
en mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
por eso a ti, de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero no, que aún te deben mis desventuras
otras más delicadas, otras más puras:
canciones que, por miedo de profanarlas,
en el alma conservo sin pronunciarlas;
recuerdos de las horas que, embelesado,
en nuestro pobre albergue pasé a tu lado
cuando al alma y al cuerpo daban pujanza

juventud y cariño, fe y esperanza;
cuando, lejos del mundo parlero y vano,
íbamos por la vida mano con mano;
cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas,
en una se fundían nuestras dos almas:
canciones silenciosas que el alma hieren;
canciones que en mí nacen y que en mí mueren;
¡hechizadas canciones, con cuyo encanto
a mis áridos ojos se agolpa el llanto!

Y aun a veces aplacan mis amarguras
otras más misteriosas, otras más puras:
canciones sin palabra, sin pensamiento,
vagas emanaciones del sentimiento;
silencioso gemido de amor y pena
que, en el fondo del pecho, callado suena;
aspiración confusa que, en vivo anhelo,
ya es canción, ya plegaria que sube al cielo;
inquietudes del alma, de amor herida;
vagos presentimientos de la otra vida;
éxtasis de la mente que a Dios se lanza;
luminosos destellos de la esperanza;
voces que me aseguran que podré verte
cuando al mundo mis ojos cierre la muerte:
¡canciones que, por santas, no tienen nombres
en la lengua grosera que hablan los hombres!
esas son las que endulzan mi amargo duelo;
esas son las que el alma llaman al cielo;
esas de mi esperanza fijan el polo,
¡y esas son las que guardo para mí solo!

HORIZONTES



A Emilio Castelar

△▽

Preludio

Cuando desde la senda que triste huella
miro al cielo tendido de monte a monte,
dándome ya su sombra, ya su destello,
nubes y astros alternan en mi horizonte;
y, ora en el cielo el astro descuelle altivo,
ora la nube al suelo dé oscura alfombra,
ni el astro ni la nube jamás esquivo,
y, según el influjo que así recibo,
vestidos van mis versos de luz o sombra.

△▽

Pero aunque en las tinieblas duelos incube
la miserable vida que humilde arrastro,
sé que, si al astro a veces vela la nube,
sobre la nube siempre destella el astro.

Por eso, en la tormenta y en la bonanza,
los ásperos escollos del mal evito:

siempre en los cielos pongo mi confianza;
siempre eres tú mi norte, noble Esperanza:
¡y harto en mi derrotero te necesito!

Mis intenciones fallan, aun siendo puras;
luchando con la suerte voy brazo a brazo;
y, completas en todo mis desventuras,
a mis venturas siempre falta un pedazo.

A las densas tinieblas hechos mis ojos,
con la luz de la dicha tal vez me ofusco;
los pies en sangre llevo tintos y rojos;
y, avezadas mis manos a los abrojos,
para tejer el nido, la zarza busco.

No insensato deploro, con queja vana,
como excepción injusta la suerte mía:
el dolor es la prueba del alma humana;
sin él, virtud no hubiera. No -¡Ni poesía!

Homero Dante, Tasso, Milton, Cervantes
el azote probaron de la Fortuna:
hoy sus nietos sufrimos lo que ellos antes;
y, pigmeos nosotros, y ellos gigantes,
con tamaño distinto, la esencia es una.

Cerrad, cerrad el libro de mis canciones
los que de novedades sintáis capricho;
para quien no disfraza sus emociones
en materia tan vieja todo está dicho,

Hoy brillan las auroras como brillaban,
y rugen las tormentas como rugían,
y las águilas vuelan como volaban,
y brotan los laureles como brotaban
cuando a Dante y a Homero la sien ceñían.

Nunca herirá las fibras del sentimiento
quien pasiones ficticias darnos intente,
miserable hojarasca que barre el viento:
lo que nadie ha sentido, nadie lo siente.

En cambio, la poesía fiel y espontánea
que sinceros afectos celebra o llora,
de todas las naciones es conterránea,
y de todos los siglos contemporánea,
y es de todas las almas consoladora.

Y, aunque pasiones varias tal vez la animen
como expresión suprema del sentimiento,

sus huellas en el alma mejor se imprimen
cuando el amor le infunde fuerza y aliento,

Es amor, a mis años, flor inverniza
sin el matiz ardiente de la amapola;
pero, aun seca y estéril, aromatiza
las páginas del libro donde desliza
un pétalo caído de su corola.

No es aluvión venido de la montaña,
que chozas y cosechas arrastra al río:
es lluvia bienhechora que el campo baña
con sus gotas menudas como rocío.

No es repentino rayo que se atropella
y espesuras y mieses raudo aniquila;
es fanal, que en la sombra, puro destella
lo que ayer dio en las nubes ígnea centella,
ya en cristalina bomba da luz tranquila:

luz que de toda niebla desgarrar el velo;
luz que el miedo, y la duda, y el mal destierra;
luz que su ardiente foco tiene en el cielo,
y apacible su rayo vierte en la tierra.

Universal afecto, tierno cariño
que de amor, a hurtadillas, usurpa el nombre,
es pasión impoluta como el armiño:
es el amor que tiene la madre al niño,
es el amor que Cristo consagró al hombre.

Por él, la mar tranquila de mi conciencia
con las brumas del odio nunca se empaña;
por él, aunque me engañe mi inteligencia,
mi corazón sencillito nunca me engaña;

Por él, aunque el recuerdo del bien lejano
que me robó la muerte conservo fijo,
miro ya como propio todo lo humano;
por él, en cada viejo veo un hermano;
por él, en cada joven abrazo un hijo;

por él, en la tormenta y en la bonanza,
siempre hacia las regiones del bien navego;
siempre eres tú mi norte, noble Esperanza;
siempre a ti, Piedad santa, la vela entrego;

y, por él, aunque en sombras su duelo incube
la miserable vida que humilde arrastro,
cuando mi amarga pena más alto sube

sé que, si al astro a veces vela la nube,
sobre la nube siempre destella el astro.

△▽

Meditación

Sabio, en verdad, muy sabio es nuestro siglo:
ni trasgo, ni quimera, ni vestigio,
ni tartárea visión
ofuscan su serena fantasía,
cuyo fondo penetra, clara y fría,
la luz de la razón.

△▽

Los altos vuelos de la mente humana,
las risueñas promesas de mañana,
las victorias de ayer,
todo concurre a enaltecer su imperio,
y el címbalo, y el arpa, y el salterio
celebran su poder.

Para la ciencia humana no hay ya enigma:
en todo imprime su profundo estigma
viril la Humanidad;
y en sus manos, que tierra y mar trastornan,
las audaces hipótesis se tornan
en viva realidad.

Mas ¡ay! el hombre, en su constante anhelo,
la mirada jamás dirige al Cielo,
de otra verdad en pos;
y al mirar a esa turba tornadiza
que ni reza ni llora, me horroriza
la soledad de Dios.

Sobre este campo de tenaz pelea,
ni un incensario para honrarle humea,
ni un altar queda en pie;
y a la puerta del Cielo solitaria
ya no llega el clamor de la plegaria
ni el himno de la fe.

Sobre el antiguo dogma derruido,
como cárabo insomne teje el nido
la pálida Ansiedad;

y, extinguida la lámpara que clara
brillaba, en torno de la inútil ara
reina la oscuridad.

«¿Hay Dios?»-pregunta el hombre a la alta esfera;
«¡Sí!»-contesta la noble Fe sincera;
la Impiedad grita:-«¡No!»
y la Duda, que escarba los escombros,
levantando las cejas y los hombros,
responde: -«¡Qué sé yo!»

Ya ni un hijo de Abel el mundo encierra:
la raza de Caín puebla la tierra.
Con insensato afán
cunde y cunde -¡diabólica demencia!-
la lucha del que vive en la opulencia
y el que muere sin pan.

El rico sigue su triunfal camino
sin sondar los secretos que el destino
cela en lo por venir;
y, mientras dura la presente vida,
fija en ella la mente, sólo cuida
de gozar y reír.

Y el pobre, de ambición y envidia ciego,
en vez de alzar a Dios humilde ruego,
dice en su corazón: -
«¿A qué invocar en mi cruel dolencia
a un ser que ni socorre mi indigencia
ni calma mi aflicción?»

¡Horrenda insensatez! -Aunque el tesoro
de la bondad divina en lluvia de oro
quieras mandarnos, di,
¿a quién, oh Dios clemente y soberano,
tu limosna darás, si ya no hay mano
que se alargue hacia Ti?

La suya el hombre contra el hombre mueve
con franca saña o con rencor aleve
que hiere por detrás;
y, si en su empeño insano al cielo apremia,
tal vez se oye en su labio la blasfemia;
la plegaria jamás.

¿Se oirá, por fin? -¡Se oirá! Tarde o temprano,
siempre la senda del dolor humano

para en Getsemaní.
¡Allí, Señor, en duelo el alma inundas;
y al cabo las pupilas moribundas
se elevan hacia Ti!

△

Fuerza y bondad

Yo te admiro, Señor, en la tormenta
que iracunda revienta
por cima de los montes y los mares;
yo te adoro, Señor, en esa altura
cuya techumbre oscura
tachonan las estrellas a millares.

△▽

Sujetas ambas a tu augusta mano,
ante el linaje humano
una te aclama fuerte y otra bueno;
pero, en la turbación como en la calma,
mejor comprende el alma
la luz del astro que la voz del trueno.

△▽

El toque de oración

Al marqués del Llano de San Javier

La campana que en grave melodía,
trayendo paz al ánimo cobarde,
saluda la primera luz del día
y el último destello de la tarde,
al alma, enardecida o congojada,
una vez y otra vez dice, Dios santo,
que la aurora es la luz de tu mirada,
que es la noche la sombra de tu manto;
y me avisa, enfrenando mis pasiones
o alentando mi espíritu medroso,

△▽

que tus ojos vigilan mis acciones
tu manto cobija mi reposo.

Ella mi mente al despertar recrea,
ella a mis noches da blando beleño;
y por ella es fecunda mi tarea,
y es por ella pacífico mi sueño.
¡Sonoro bronce cuya voz sagrada
mis amarguras en amor convierte:
cuando su yerta mano descarriada
ponga en mi pecho la implacable muerte,
saluda, a un tiempo, en himno de victoria
la postrimera luz pálida y fría
de esta vil existencia transitoria,
y el sol naciente de mi eterno día!

△▽

Quietud

A mi prima Antonia Cano de Lanzarote

¡Mira cuál duerme, de inquietud ajeno!
En vano en el hogar, de luto lleno
sus estragos derrama la fortuna.
Ni ambición ni recelo le importuna:
¡no hay en la vida sueño más sereno
que el sueño de la cuna!

△▽

¡Mira cuál duerme en su apacible asilo!
En vano del dolor le amaga el filo;
en vano el huracán furioso zumba;
en vano el universo se derrumba:
¡no hay en el mundo sueño más tranquilo
que el sueño de la tumba!

△▽

Per umbras

A Carlos Cano

Cuando, al calor del maternal cariño,
el inocente niño
inseguro en la tierra sienta el pie,
al entregarlo a la falaz fortuna,
«¿adónde, adónde vas?» -dice la cuna;
y él dice: -«¡No lo sé!»

△▽

Cuando, llevado en brazos del destino,
por abrirse camino
deja el mozo el hogar donde creció,
ya que el umbral pacífico traspasa,
«¿adónde, adónde vas? -dice la casa;
y él dice: -¡«Qué sé yo!»

Cuando el anciano, en brazos de la muerte
reclina el cuello inerte,
y el espíritu ciego huyendo va,
mientras el cuerpo en tierra se derrumba,
«¿adónde, adónde vas?» -dice la tumba;
y él dice: -«¡Dios sabrá!»

△▽

En un álbum

Abre al amor el alma,
niña hechicera;
prefiere a triste calma
grata inquietud:
primavera sin flores
no es primavera;
juventud sin amores
no es juventud.

△▽

△▽

A mi amigo C***

Ausente, por grave razón, al morir su madre

¡Cumpliste tu deber! Compadecida
ve tu acerbo dolor, desde la altura,
la que no pudo darte, en su amargura,
el beso de la eterna despedida.

△▽

Por el materno amor enaltecida,
su lágrima postrera de ternura
hoy, en su frente, vívida fulgura,
corona santa de su santa vida.

Ella, que supo con delirio amarte,
hoy, que el lauro alcanzó de la victoria,
sabrás desde los cielos consolarte;

y, de tu ausencia al conocer la historia,
el beso que al morir no pudo darte,
será el primero que te dé en la gloria.

△▽

Consolación

A Antonio Grilo

No prodigues tus lágrimas en vano,
pobre Antonio, por leves sinsabores,
ni humilles tu altivez a los rigores
de áspera condición y de odio insano.

△▽

Recobra de tu espíritu lozano
la serena quietud y nunca llores
mientras mi amor ofrezca a tus dolores
brazos de amigo y corazón de hermano.

¡Llora ¡ay! cuando al deber y a las ideas
sacrifiques tu bien, y, en torpe juicio,
tu ofrenda santa escarnecida veas!

¡Llora cuando, ciñéndote el cilicio,

befado expires, y expirando creas
que el mismo Dios rechaza el sacrificio!

△▽

Después de una lectura

Ciencia estéril, que triunfas satisfecha
rechazando evidentes realidades,
tu vista -¡vanidad de vanidades!-
desaciertos de Dios, sin fruto acecha.

△▽

Tu soberbia satánica desecha
lo que esperanza fue de otras edades,
y mentiras parecen las verdades
a tu confusa luz, de sombras hecha.

La mirada jamás alzas al cielo;
la conciencia recusas por testigo;
y llevas, con amargo desconsuelo,
en tu propia sospecha tu enemigo,
tu propio torcedor en tu recelo,
y en tu propia victoria tu castigo.

△▽

Cumpleaños

¡Un año más! Con su celaje oscuro,
con su nieve, su escarcha y su neblina,
sobre esta frente que al dolor se inclina
cincuenta y ocho inviernos pesan ya;
y al vislumbrar la mente, en lo futuro,
visiones que se extinguen incoloras,
mira pasar de las perdidas horas
el negro enjambre que volando va.

△▽

El tiempo, que jamás la planta sienta,
devorando las noches y los días,
ya rasga el manto a las tinieblas frías,
ya al crepúsculo extingue el arrebol;

y una vez y otra su arenario cuenta
el polvo del desierto, grano a grano,
y agota su clepsidra el océano,
y su cuadrante embota el rayo al sol.

Arrebatado en incensante vuelo,
cuanto la mente a concebir alcanza,
cuanto es blanco falaz de la esperanza,
cuanto soberbia inspira y gloria da,
cuanto brilla en la tierra y en el cielo,
desde el átomo al astro luminoso,
sueño es ¡ay! que en su velo tenebroso
la sombra del olvido envolverá.

¿Qué memoria en la tierra deja el hombre?
¿Qué rastro deja por la mar la nave!
¿Qué rastro deja por el viento el ave!
¿Qué rastro deja por el cielo el sol!
¡La muerte borra al par de nuestro nombre,
las vanas glorias que el orgullo crea,
como borra en la playa la marea
las huellas del ausente barquero!

Y, aun en la áspera senda de amarguras
donde entre abrojos el dolor anida,
¿qué es la humana carrera? ¿qué es la vida?
¡Sufrir, lidiar, caer, llorar... morir!
No es otra la corona de venturas
que el tiempo nos ofrece despiadado:
¡esas las flores son que dio el pasado!
¡esas las que promete el por venir!

¡Ah! si al menos, el ánimo abatido
la luz del bien entre la bruma viera,
con su benigno rayo hallar pudiera,
ya que no la ventura la quietud.
Pero, en densas tinieblas sumergido,
¿quién la esperanza del acierto abriga?
¿Sabe el tallo Señor, lo que es espiga?
¿sabe el hombre, Señor, lo que es virtud?

¿Quién seguro aquilata sus acciones,
si por falta o por sobra de energía,
ya es la resignación vil cobardía,
ya la noble constancia obstinación?
¡Siempre, velada en lúgubres crespones,

se oculta la verdad: nadie la alcanza;
y en el trémulo fiel de la balanza
se columpia indecisa la razón!

¡Ah! Cuando triste, muda, misteriosa
la noche se aproxima, y paso a paso
va tu sol acercándose al ocaso,
desconocido abismo para ti,
al tocar en el borde de la fosa
donde otra vida inescrutable empieza,
si no sabes morir con entereza,
miserable mortal, ¿qué sabes? ¡di!

Muera, Señor, conmigo mi memoria;
quede al mundo ignorada mi existencia;
pero dame la paz de la conciencia,
hoy que al fin del camino siento el pie.
No te pido, Señor, fama ni gloria,
no te pido grandeza ni ventura,
no te pido ni aun tregua en mi amargura:
¡valor te pido, y esperanza, y fe!

△▽

Dos milagros

Al hacer, niña, tus ojos,
dos milagros hizo Dios:
de dos gotas de tiniebla,
dos rayos de luz sacó.

△▽

△▽

Abril

A Vicente Pérez Callejas

En dulce quietud extraña
sumergido yace el campo,
y el sol, que los cielos baña,

△▽

desflora apenas el ampo
de la nieve en la montaña.

Abril, que del yerno suelo
la bruma invernal destierra,
para consolar su duelo
viste al árbol verde velo
y alfombra verde a la tierra.

Las aguas que aprisionadas
en transparente cristal
ayer durmieron calladas,
corren al fin desatadas
en bullicioso raudal;

y, entre su rumor sonoro,
los amantes ruseñores
alzando inefable coro
velan el dulce tesoro
del nido de sus amores.

La selva, ayer despojada,
de sus frondas hace alarde:
en la espléndida enramada
toda es cantos la alborada,
toda es aromas la tarde;

y porque en hora ninguna
falte un astro que pregone
todo el bien que el mundo aduna,
al tiempo que el sol se pone
surge en oriente la luna.

Corazón que en tu dolor
negabas la providencia,
¡bendice al Sumo Hacedor!
¡Toda esa luz es clemencia!
¡Toda esa vida es amor!



La golondrina

A Magdalena Grilo

¿Sabes tú, Magdalena peregrina,
por qué viene a llamar, cada mañana,
la misma golondrina
con la misma canción a tu ventana?

Pues, si tú no lo sabes,
pregúntalo a tu padre que conoce
secretos tan recónditos y graves
por la antigua amistad y estrecho roce
que tiene con las flores y las aves.

Él te dira... mas no; que, aunque es muy serio,
cuando habla de los pájaros, tu padre,
ese dulce misterio
mejor lo explicará tu dulce madre.
Y por ella sabrás que el Dios que enciende
las estrellas del cielo, el Dios que tiende
su alfombra de verdor en las campiñas,
amoroso pretende
que lo que en el colegio no se aprende
se lo enseñen las aves a las niñas.

Por eso, al renacer la primavera,
que de flores esmalta monte y prado,
la avecilla parlera,
de tan graves encargos mensajera,
vuelve al nido desierto y no olvidado
que dejó en el alero del tejado.
Y con eso te enseña -no lo dudes-
hablando a tu infantil entendimiento,
el amor a la casa: ¡gran cimiento
para fundar domésticas virtudes!

Y cuando artificiosa
con átomos de barro apresta el nido,
te muestra lo que puede, niña hermosa,
el trabajo constante y repetido
de la que es diligente y hacendosa.
Y cuando, a la mañana,
pasa alegre rozando tu ventana
que la primera luz del alba dora,
te dice la habladora:
«Ya, recorriendo los nocturnos velos,

se levanta la aurora,
sonrisa luminosa de los cielos:
¡Despierta, Magdalena, que ya es hora!»
Y así te enseña a ser madrugadora,
y así te evita sustos y desvelos
en la noche traidora.

Porque la que madruga, niña mía,
se rinde al sueño cuando empieza el vano
terror que infunde la tiniebla fría;
y la luz, que restaura la alegría,
sin mirar si es invierno o si es verano
se levanta temprano, muy temprano:
¡y tan temprano! -¡Al despuntar el día!

Si, a esa luz, que despierta los sentidos,
a observarlas te inclinas,
verás que, en grupos nunca confundidos,
viven de dos en dos las golondrinas,
y que nunca, olvidadas de sus nidos,
profanan los que ocupan sus vecinas.
Pues, con esas costumbres amistosas,
cuyo fondo es tan bueno,
te enseñan el respeto de lo ajeno,
¡respeto que comprende tantas cosas!
Cosas que no te explico de presente,
ni aun te cito sus nombres
aunque fuera, en verdad, muy conveniente,
porque difícilmente
se suelen encontrar entre los hombres.

Sigue, sigue observando, Magdalena;
que la curiosidad es cosa buena
cuando con la prudencia se concilia;
y, desde tu ventana,
verás, a lo mejor una mañana,
que se aumentó en el nido la familia.
¿De dónde son venidos
los polluelos? ¡Misterios de los nidos!
Mas, dejando cuestión tan espinosa,
observa aquella prole bulliciosa
que, aunque apenas se mueve chilla y clama,
y que a la madre aleteando llama
cuando, al volver al nido presurosa,

con la inquietud vehemente de quien ama
les reparte alimento... y otra cosa:
¡ternura, amor, caricia!

¡Lo que a ti, de tus mimos en albricias,
te prodiga tu madre cariñosa!

De tal modo la amante golondrina
siempre tu corazón al bien inclina;
y, con esas dulcísimas tareas,
te anuncia otros deberes y otros goces
que, hoy pobre pequeñuela, no conoces
ni puedes comprender aunque los veas.
¡Ya llegará el instante!

El amor maternal es la postrera
de las dichas que prueba el alma amante;
¡y, por mucho que el año se adelante,
no madura la fruta en primavera!

Ya lo ves, Magdalena; el Dios clemente
que ilumina los ámbitos oscuros
con el rayo del sol resplandeciente,
quiere que, iluminando nuestra mente,
los preceptos más puros
los dicte un inocente a otro inocente:
y así el bien se difunde, de alto a bajo,
pasando de unos seres a otros seres;
y así llegan las niñas a mujeres
sabiendo sin esfuerzo y sin trabajo
la sublime lección de sus deberes,
que les enseña la Bondad Divina
por boca de una pobre golondrina.

Aun mejor que tu padre,
siempre en altos problemas engolfado,
esto te explicará tu santa madre:
aunque -bien meditado-
en ese hogar, de sus virtudes templo,
donde la dicha de los suyos labra,
¿a qué lo ha de explicar con la palabra,
si lo explica mejor con el ejemplo!

Con él, niña preciosa,
y con esta moral color de rosa,
que hoy patrañas de viejo acaso creas,
cuando llegues a ser madre y esposa

sé honrada y buena para ser dichosa,
¡y acuérdate de mí cuando lo seas!

△▽

Mujeres y rosas

Rozagantes, alegres, frescas, lozanas,
la mujer y la rosa son dos hermanas:
flores divinas
impregnadas de aroma, llenas de espinas.
¡Oh mujer! entreabiertos y perfumados,
tus dos labios parecen, acariciados
del tibio aliento,
dos pétalos de rosa que arrulla el viento.
¡Oh rosa! de las auras al manso arrullo
tus pétalos, saliendo de entre el capullo
puros e ilesos,
parecen unos labios que buscan besos.
En las agrias pendientes de nuestra vida,
lo mismo a la bajada que a la subida,
yermo, infecundo,
sin mujeres ni rosas ¿qué fuera el mundo?
Si la gracia es aroma, desde la infancia
son rosas las mujeres por su fragancia;
mas, cual las rosas,
no son las más fragantes las más hermosas.
Rosa y mujer, al rayo del alba pura,
del amor y el rocío cobran frescura;
mas, con el frío,
el amor para en llanto, como el rocío.
Rivales en belleza y en lozanía,
la mujer y la rosa duran un día;
pero su aliento,
aun después de marchitas, perfuma el viento.
Mujer: si osado el hombre tu honor ofende,
la virtud es la espina que te defiende;
con ella armada,

△▽

serás, cuanto más dura, más codiciada.

Ya amarillas, ya blancas, ya purpurinas,
rosas verás acaso altas de espinas;
pero ¡ay! paloma
¡la que no tiene espina no tiene aroma!

△▽

Reverberación

Charco donde hallo el sol reproducido:
tanto las turbias aguas ennobleces
con la imagen prestada, que pareces
fragmento de los cielos desprendido.

Mas, si a impulso del viento, sacudido,
tus linfas tenebrosas estremeces,
a los ojos atónitos ofreces
el cieno en tús entrañas escondido.

¡¡Oh mente humana, charco de agua oscura:
cuando tus olas la impiedad altera
muestras por fondo el vicio o la locura;
y, bajo el hueco de la azul esfera,
sólo pareces bella, y clara, y pura,
¡cuando Dios en tu seno reverbera!

△▽

△▽

Diálogo

A Eusebio Blasco

El mar en su lengua
dice al manantial:-
«¿A qué corren y corren tus aguas
si en mí han de parar?»
«No importa»-responde
la fuente inmortal-
«Esas aguas, en nubes y lluvias,

△▽

a mí volverán.»

Mutación perpetua,
vida universal,
rueda inmensa que giras y giras,
¿en qué pararás?

△▽

Explorando

A Manuel del palacio

más allá de los cielos estrellados,
más allá de los pálidos nublados,
más allá de los cielos estrellados,
donde acaban los tenues elementos,
penetran mis altivos pensamientos
buscando a Dios, inquietos y obstinados,
y en tinieblas se pierden abismados,
siempre de luz y de verdad sedientos.
¡Silencio!... ¡Soledad!... ¡Sombra!... ¡Vacío!...
Del Ser Eterno, en vano, pido nuevas
al antro enorme, pavoroso y frío;
sólo una voz me dice: ¿A qué te elevas?
¿A qué con temerario desvarío,
buscas lejos de ti lo que en ti llevas?

△▽

△▽

Deus Ignotus

Buscar lo inmaterial con los sentidos
(aspiración del ánimo impaciente)
equivale al esfuerzo del demente
que se empeñara en ver con los oídos.
Los miserables de mujer nacidos,
aunque agucen los ojos y la mente,

△▽

no te han de ver, oh Esencia Omnipotente,
mientras caminen cuerpo y alma unidos.

¿Qué son Hades, Ormuz, Osiris, Brahma?
¡Formas deformes de la eterna duda
y de la eterna fe que al hombre inflama!

¡No importa! Cuando de ellas te desnuda,
Sumo Bien la conciencia te proclama,
¡oh Realidad impenetrable y muda!

△▽

In excelsis

Implacables doctores cuya ciencia,
preñada de rencor y de codicia,
da a Dios por atributo la malicia
que hierbe en vuestra sórdida conciencia,
respetad su tranquila Omnipotencia
libre al par de flaqueza y de sevicia;
¡no exijáis la crueldad a su justicia!
¡no taséis el perdón a su clemencia!

Mientras descarga el lóbrego nublado
que el monte atruena y al león asusta
en su cóncava gruta refugiado,
detrás del velo de la nube adusta,
el cielo azul, sereno y estrellado,
guarda su eterna mansedumbre augusta.

△▽

△▽

Exhortación

El sol de nuestra vida
desde su alegre aurora palidece,
y su antorcha encendida
rayo a rayo decrece,
hasta que en el ocaso desaparece.

△▽

¡Placer, amor, belleza
(frutos precoces que jamás maduran),
honor, gloria, riqueza,
cuando mejor fulguran,
destellos son no más que un punto duran!

No pongas tu esperanza
jamás en tan efímeros trofeos,
y, con mayor pujanza,
a más altos empleos
encamina tu audacia y tus deseos.

Nunca pechos honrados
con aplausos humanos se enardecen:
los laureles sagrados
que eternos reverdecen
al otro lado de la tumba crecen.

Allí la soberana
luz del Supremo Bien pura destella,
y la gloria mundana
parece, a la par de ella,
lo que a la par del sol pálida estrella.

Mas, si gozarla quieres,
con incesante afán trabaja y suda:
no esperes ¡ay! no esperes
que a tu codicia ruda
sin labor ni semilla el campo acuda.

Los inquietos cuidados,
los duros sacrificios, los desvelos
en el bien empleados,
los férvidos anhelos
llaves son de la puerta de los cielos.

No en inacción menguada
mires las prestas horas ir volando;
la bóveda estrellada,
vueltas y vueltas dando,
va el hilo de tu vida devanando.

Ni el nocturno beleño
esperes al nacer el alba fría,
ni al entregarte al sueño
en la noche sombría
cuentes con el albor del nuevo día.

¿Piensas, piensas acaso

que eterna dura la existencia humana?
¿O, al teñir el ocaso
de ópalo y oro y grana,
te ha prometido el sol volver mañana?

En las claras auroras
como en la sombra de la noche oscura,
pasa en afán tus horas:
¡no esperes la futura,
¡ay! que ni la presente está segura!

△▽

Consejo

No ahuyentes al mendigo sin socorro,
con viles amenazas:
cuando a un pobre rechazas de tu corro,
¿sabes a quién rechazas?

¡Ah! ¿tan seguro estás de tu linaje
que no abrigas siquiera
ni el lejano temor de que ese ultraje
de rechazo te hiera?

Ese, que en Dios al menos es tu hermano,
¿sabes quién es de fiijo?
¡Ay! ¡teme hallar un padre en cada anciano
y en cada mozo un hijo!

△▽

△▽

Salutación

Ásperas Asturias,
que os alzais gallardas
a la vera vera
de la mar salada;
olas turbulentas,
férvidas resacas
que azotáis sus rocas

△▽

y laméis sus playas;
bosques rumorosos,
prados de esmeralda
que sacude el viento
y acaricia el aura;
valles apacibles,
rígidas montañas,
pinos de sus cumbres,

flores de sus faldas:
desde las llanuras
por el sol tostadas,
de aridez cubiertas,
de verdor escasas,

donde Manzanares,
entre arenas pardas,
su raudal mezquino
bebe a Guadarrama,
peregrino errante
vine a esta comarca,
sin vigor, sin fuerza,
sin quietud, sin calma.

La salud del cuerpo
sólo aquí buscaba,
y hallo al fin con ella
la salud del alma.

Fuertes asturianos,
bellas asturianas,
prole fiel de aquellos
que con noble audacia
tras de siete siglos
de ásperas batallas,
desde Covadonga
fueron a Granada:

¡Dios bendiga el suelo
que, con noble savia,
generoso cría
tan potente raza!

Cimas invencibles,
peñas escarpadas
no oprimidas nunca
de extranjera planta,

donde cada roca,
donde cada braña
un esfuerzo inspira
y un recuerdo guarda;
tierra venturosa,
tierra veneranda,
cuna de valientes,
núcleo de la patria:
mientras en civiles
luchas enconadas
sus antiguas fuerzas
pierde nuestra España;
mientras la bandera
de carmín y gualda
por sus propios hijos
ve despedazada:
mientras las naciones
antes tributarias
con siniestros ojos
miran nuestra infamia.-
en tus hondos valles,
en tus cumbres altas
en tus claros ríos,
en tus costas bravas,
todo cuanto alienta,
todo cuanto canta,
todo cuanto puede
conmover las almas,
selvas, mares, fuentes,
aves, flores, auras,
dicen a mi oído:-
«¡Patria! ¡Patria! ¡Patria!»

△▽

Pareja mixta

A Mr. Achille Millien

Desde el primer sollozo de la cuna,
dos hadas siguen mi camino errante:
una blanca, locuaz y rozagante;
otra severa, silenciosa y bruna.

△▽

Delante va la blanca, en mi fortuna,
por los prados que alegra el sol brillante;
por los yermos, la negra va delante
al turbio rayo de la triste luna.

Aquella, de cansancio dolorida
deja mi planta; compasiva y fuerte
ésta a la paz y al sueflo me convida.

¿Quién sois -les digo- espectros de mi suerte?-
Yo -responde la blanca- soy la Vida.-
Yo -responde la negra- soy la Muerte.

△▽

Dos cetros

Cetros y coronas...
¡miseria y balumba!
En el mundo no hay más que dos cetros:
la espada y la pluma.

△▽

△▽

Brindis

Escrito y leído en un banquete dado al autor por sus amigos de
Asturias

Cuando en busca de estos mares
embravecido y huraños
visito vuestros hogares,
siempre me dejo en Pajares
los achaques y los años.
Pero, por contrario azar,

△▽

que mis provechos trabuca,
siempre los torno a encontrar
en cuanto vuelvo a pasar
el túnel de la Perruca.

Hermosa, fértil y sana
es esta tierra asturiana
de que enamorado estoy;
y merece, por lozana,
todo el amor que le doy.

Pero, aunque verde y florida
sus galas perpetuas luce,
esta región bendecida
aún es de mí más querida
por la gente que produce.

Los que pueblan los lugares
de esos bellos horizontes,
para defender sus lares
son bravos como esos mares
y firmes como esos montes.

Yo, señores, soy murciano,
y orgulloso de ello estoy;
pero, aun sin ser asturiano,
me tengo por vuestro hermano,
ya que en el alma lo soy.

Mas son distingos sutiles:
para Asturias no hay fronteras
ni pasiones concejiles;
vuestros pechos varoniles
son españoles de veras.

Sin pasioncillas espurias
con que el patrio amor se empaña,
ahorrando envidias e injurias,
ponéis sobre todo a Asturias,-
y sobre Asturias a España.

Y es justo; -porque, a mi ver
fuera cosa singular
que, olvidando lo de ayer,
no supierais defender
lo que supistéis ganar.

Sin que la fuerza os lo imponga,
la patria en Cangas fundada

hasta Cádiz se prolonga:
¡si es tan grande Covadonga,
es porque llega a Granada!

Conservad en la memoria
esa página bendita,
portada de nuestra historia:
la española ejecutoria
con sangre vuestra está escrita.

Brindemos, pues, como hermanos;
y, sin envidia ni saña,
estrechémonos las manos:
¡viva Asturias, asturianos!
¡españoles, viva España!

Agua y arena

A mi sobrina la niña Dolores Cano y Cathalán

Niña que por la playa de Cartagena
vas buscando mariscos entre la arena:
mientras en tu inocencia cantas y, ríes
de la arena y el agua, por Dios, no fíes,
porque, aunque es Cartagena tranquilo puerto,
en la arena y el agua todo es incierto.
¡Ay de cuanto la estéril onda marina
lame con su traidora lengua felina!-
Mejor es que en el campo busquemos flores:
deja, deja la playa, niña Dolores,
y oye una barcarola que, en su cariño,
me cantaba mi madre, siendo yo niño.-
Pero ¡no! tan lejana quedó esa historia,
que no respondo, niña, de mi memoria;
y, alterada la letra que antes sabía,
ni sé si es de mi madre ni sé si es mía.
De aquella barcarola que ella cantaba
sólo sé a punto fijo que así empezaba:

△▽

«ésta, niño, es el agua, y ésta la arena,
y éste el puerto seguro de Cartagena.»
¡Cartagena bendita, seguro puerto,
de borrascas marinas siempre a cubierto!
Recostada en su altivo cerro eminente,
la ciudad te resguarda por Occidente;
como fieros gigantes de adusto porte,
sentado al Sur el uno y el otro al Norte,
porque nunca te ofendan los elementos
dos montes te protegen contra los vientos,
y a flor del agua tienes oculta roca
que, mordaza invisible, cierra tu boca.
Si algo Naturaleza pudo negarte,
con su pródiga mano lo suplió el arte:
cuando airado Lebeche la mar altera,
se estrellan las corrientes en tu escollera;
nave que combatieron olas bravías
en tu arsenal repara sus averías,
y el que en tus fondeaderos encuentra asilo
sin temor de huracanes duerme tranquilo;
que en cuanto mar limitan roca y arena
no hay puerto más seguro que Cartagena.

Una noche... -Esa noche ya está muy lejos:
¡los que entonces muchachos, hoy somos viejos!
Tranquila reposaba la mar bravía;
tierra, y olas, y vientos ¡todo dormía!
De improviso, las aguas alzando en comba,
del abismo insondable surgió una tromba,
que, seguida del trueno y el torbellino,
de tu boca en las sombras halló el camino.
Combatiendo encontrados los huracanes
con el ronco bramido de cien volcanes,
las naves entregaron en un momento
los penoles al agua, la quilla al viento.
Roto quedó el velamen, las jarcias rotas,
rotos estáis, obenques, drizas y escotas.
Formando con sus olas montes y valles,
el mar venció los muelles y entró en las calles;
y el viento, como un niño que en la llanura
sin esfuerzo quebranta la mies madura,

no dejó mastelero, bauprés ni entena
en el puerto seguro de Cartagena.

¡Cartagena valiente, gloria de España,
plaza la más segura que el ponto baña!
quien de lejos te mira jamás comprende
la fuerza prodigiosa que te defiende:
tus aguas son escasas, tu ambiente impuro,
tu polígono informe, débil tu muro;
no prestan a tu escarpa defensa alguna
contraguardía, hornabeque ni media luna,
y aun de frágil ladrillo son los merlones
que protegen el fuego de tus cañones.
Por eso, el que a tu adarve tiende la vista,
fácil juzga la empresa de tu conquista;
pero pronto su orgullo ponen a raya
San Julián y Galeras y la Atalaya.
Mezquinos son tus viejos muros sencillos,
pero inmensa la fuerza de tus castillos
que, dominando en torno mar y llanuras,
son corona y defensa de tus alturas.
Cuando en ellos el bronce fulmina y truena,
no hay plaza más segura que Cartagena.

Pero, aunque eres tan fuerte, tan formidable,
nunca altiva presumas de inexpugnable.
Dos veces a rebeldes diste guarida:
las dos fuiste asediada, las dos rendida.
Los que la vez primera suya te vieron,
valerosos y audaces te defendieron.
Combatiendo a la sombra de sus banderas,
del sitiador llegaron a las trincheras.
Soldados y paisanos, como leones,
arrostraron el fuego de los cañones.
¡Y al fin te abandonaron, como el enjambre
la colmena abandona: cediendo al hambre!
La vez segunda, en mengua de tu decoro,
lo que el hierro no pudo lo pudo el oro.
La rebelión, que en sangre la patria abisma,

como escorpión se vuelve contra sí misma.
Los castillos que fuertes te defendieron,
al interés vendidos, te combatieron,
y al comprador al cabo se abrió sin pena
la plaza inexpugnable de Cartagena.

Ya lo ves, niña mía: no existe asilo
a cuyo amparo el hombre viva tranquilo;
no hay lugar en la tierra, grande o pequeño,
que a salvo de peligros nos guarde el sueño:
cuanto cobija el manto del cielo oscuro,
todo, todo es precario, todo inseguro.
Poder, fortuna, fama, gloria, belleza,
valor, saber, talento, virtud, nobleza
risueñas esperanzas, cuidados graves,
victoriosas banderas, potentes, naves,
cuantas glorias ensalzan clarín y lira,
cuanto a la cumbre llega y a más aspira,
cuanto eleva en sus brazos próspera suerte,
todo, todo es incierto, ¡menos la muerte!
Tal es, vista sin velos, la humana vida:
¡a elevación más grande, mayor caída!
Ni el águila en los aires vuela segura,
ni la estrella en los cielos perpetua dura.
¡Todo es ¡ay! como el agua! ¡como la arena!
¡Como el puerto y la plaza de Cartagena!

△▽

A una maga

Tú, que en las horas de congoja y duelo,
volando alegre por la oscura esfera,
cuando la suerte me persigue artera,
de visiones de paz pueblas el cielo;
tú, que, aplacando mi perpetuo anhelo,
siempre de mis desdichas compañera,
las turbias heces de mi vida entera
tornas en dulce filtro de consuelo,
fresca Imaginación, cuyo celaje,

△▽

de luz, de amor, de dicha y de bonanza
baña en alegres tintas mi follaje,
 ¡dame, pues tu poder a tanto alcanza,
un jirón de tu espléndido ropaje
para echar un remiendo a mi esperanza!

△▽

Enero

Cual pasos de tullido pordiosero
que huella torpe las escarchas frías,
sus largas noches y sus cortos días
alterna triste claudicando enero;

△▽

 Calla helado el arroyo prisionero
que ayer pobló los aires de armonías;
de las celestes bóvedas sombrías
desciende en copos mudo el aguacero;

 Solos los campos, las florestas solas,
toda es silencio la enlutada esfera,
y hasta el férvido mar cuaja sus olas.

 ¿Es sueño? ¿Es muerte? -¡Oh mundo! ¡Espera! ¡Espera!
¡Mañana, coronada de amapolas,
de amor te inflamará la Primavera!

△▽

A un pobre

Llama sin temor, anciano;
que el aldabón de mi puerta,
siempre al infortunio abierta,
no hiere al pobre la mano.

△▽

 Cordial hospitalidad
se ofrece aquí con llaneza:
quien sabe lo que es pobreza
sabe lo que es caridad.

 Ya lo ves: cuando a los hierros

de esa verja el rostro asomas,
ni se azoran mis palomas,
ni airados ladran mis perros;
 mi familia, alborozada,
sale, al ver que tu bordón
pulsas el rústico escalón
de mi rústica morada;
 depositando en tu mano
sencillo disco de cobre,
porque sabe que eres pobre
te recibe como a hermano;
 y al verte de hambre temblar,
te ofrece, risueña y franca,
pan moreno y leche blanca
acabada de ordeñar.

Ella no sabe si en pos
de algún mal fin va el potente:
mas sabe que el indigente
viene de parte de Dios.

Desecha vanos recelos,
el rústico umbral traspasa,
y entre contigo en mi casa
la bendición de los cielos.

Depón, depón el rubor:
¡tu grosero traje informe
es el glorioso uniforme
de los hijos del Señor!-

El cierzo duro de enero
te está haciendo tiritar:
siéntate al tranquilo hogar
que aromatiza el romero;
 seca tus burdos vestidos
a su aplacible calor,
y él restituya el vigor
a tus miembros ateridos.

Alienta; que hallo, en verdad,
unidas a tu pobreza,
no sé qué humilde grandeza
ni qué triste majestad:

 la frente que al suelo inclinas,
 ciñen, con visos extraños,

la diadema de los años
y la corona de espinas;
y tu manto desgarrado,
de polilla carcomido,
ante la llama tendido
parece un cielo estrellado.

Otro mejor te daré,
que la lluvia no traspasa:
el tuyo, en bien de mi casa,
por reliquia guardaré;
y, si Dios sacia el anhelo
de mi espíritu inmortal,
ése es el manto triunfal
con que he de entrar en el cielo.

△▽

A una ciega

No temas, no, que con esfuerzo vano
tras ti, ciega Fortuna, me remonte:
espera que tus ímpetus afronte,
no que tienda a tus dádivas la mano.

Sé que he de hallar abrojos en el llano;
sé que he de hallar espinos en el monte,
y en el linde fatal de tu horizonte,
árido yermo o fétido pantano.

Toda gran esperanza es gran quimera:
por eso, sin afanes ni porfías,
resignado prosigo mi carrera,
sabiendo que, al extremo de mis días,
el Desengaño sórdido me espera
con las manos abiertas y vacías.

△▽

△▽

Testigo molesto

Quiero a solas vivir, y no consigo
la dulce soledad apetecida;
que, de mis propias dichas enemigo,
siempre, siempre, en mi huida,
donde quiera que vaya voy conmigo.

△▽

△▽

Abatimiento

¡Llegó al fin lo que el alma dolorida
me daba por presagio!
¡Milésima ilusión desvanecida!
¡Milésimo naufragio!
¡Cuánto esfuerzo perdido en las rompientes,
que la espuma blanquea!
¡Qué eterno proejar en las corrientes,
contra viento y marea!
¡Siempre, siempre huracanes desatados
y escollos escondidos!
¡Y siempre, sobre mares ignorados,
cielos desconocidos!
Hasta la aguja al polo dirigida
mi cálculo burlaba,
y, a maléfico influjo sometida,
del rumbo me apartaba.
¡Y así he buscado el puerto, de año en año,
siempre con vano empeño!
¡Toda nueva promesa, nuevo engaño!
¡Toda esperanza, sueño!
No fue sólo furor de los ciclones;
culpa cabe al piloto:
¡Qué de velas, Señor, qué de timones
mi torpe mano ha roto!
¡Y aun sigo, entre los duros elementos,
sobre el hirviente abismo!
¡Cansado estoy del mar y de los vientos!

△▽

¡Cansado de mí mismo!

Ya, en mí, cuanto descubro no provoca
ni un temor ni un deseo:
sólo siento subírseme a la boca
la náusea del marco.

Ni un recelo cobarde me da guerra,
ni una ambición me anima:
¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra! ¡Tierra!...
¡Pero échamela encima!

△▽

Encuentro

Yo caminaba doliente
(¡como tantos caminantes!)
cuando encontré, de repente,
los trozos de una serpiente
que aun vibraban palpitantes.

Y, ante aquel cuadro abatida,
con angustia y con horror
pensó el alma dolorida:
«¡Ya en el ser no queda vida,
y aun sigue vivo el dolor!»

△▽

△▽

Compasión

Tú lo sabes, Señor, mi vida entera
gasté buscando el bien con fe segura,
y elevando los ojos a esa altura
de donde el alma tu favor espera;
mas, bajo el hueco de la torva esfera,
temblando de ansiedad y de pavor,
sondeé sin fruto la tiniebla impura
donde ni un rayo tuyo reverbera.

¡Ay! Aunque agudos siento los dolores

△▽

que, en tanta confusión y duda tanta,
sufrí pisando abrojos punzadores,
 más mi afligido corazón quebranta
recordar el estrago de las flores
que, andando a ciegas, estrujó mi planta.

△▽

Nictalopía

(En la desgracia)

Cuando en nuestro horizonte el sol se encumbra
y en luz el aire anega,
con su espléndido rayo nos deslumbra,
nos ofusca y nos ciega;
 y, mientras en su vívido torrente
baña el celeste velo,
con infantil error juzga la mente
que él solo llena el cielo.

△▽

 Pero, cuando en ocaso apaga el día
su postrimer centella,
de cada sombra que la noche envía
va surgiendo una estrella;

 Y, en el nocturno abismo transparente,
pidiendo humilde rito,
más sereno, más claro, más patente
se muestra el Infinito.

△▽

Dos tronos

Midiendo mi ambición, dos tronos hallo
que un hombre puede sin desdén mirar:
para la guerra, el lomo del caballo;
para el descanso, el poyo del hogar.

△▽

△▽

A X***

△▽

No admiro yo la oliva que sombrea
tus anchos horizontes,
ni el cándido rebaño que blanquea
como nieve tus montes,

ni la negra piara gruñidora
que en la loma vecina
con ímpetu famélico devora
los frutos de la encina,

ni las yeguas que pacen tu dehesa,
ni los potros cerriles
que tu marca condal llevan impresa
en los anchos cuadriles,

ni el parque ni la cómoda morada
de tu agreste retiro,
ni el blasón que decora su portada:
¡Tu corazón admiro!

El que a buscarte dolorido viene
jamás en balde llora;
que tu mano tendiéndose previene
la mano del que implora.

Los frutos de tus campos mal seguros
llaman al indigente,
y es propicia la sombra de tus muros
al triste y al doliente.

De tus trojes, al pobre convidando,
mana en raudal el trigo,
y el umbral de tu puerta van gastando
las huellas del mendigo.

Tu tiempo se desliza, de hora en hora,
siempre al bien consagrado,
y tu mano siniestra siempre ignora
lo que la diestra ha dado.

Por eso, tu conciencia inmaculada,
con varonil aliento
verá temblar la bóveda estrellada

y hundirse el firmamento;
que, cuando el trueno cóncavo revienta
dando al crimen castigo,
te dice por lo bajo la tormenta:-
«Esto no va contigo.»

△▽

Todo relativo

A D. Juan López Parra

La gaviota cenicienta
parece, cuando alza el vuelo,
negra sobre el claro cielo,
blanca en la oscura tormenta.

△▽

Conservando a su raudal
el mismo frescor la fuente,
sabe en invierno caliente,
sabe en verano glacial.

El sol, cuando débil arde
tiñendo el cielo de grana,
hace alegre la mañana,
como hace triste la tarde;

y es que, al parecer, envía
más luz, sin mayor derroche,
tras la sombra de la noche
que tras el fulgor del día.

Dolor que insufrible ayer
parecer al alma pudo,
hoy, tras dolor más agudo,
tiene dejos de placer;

y, en cambio, sufrimos días
de angustias tan extremadas
que las tristezas pasadas
nos parecen alegrías.

En ti, mundo engañoso,
donde todo es farsa y sueño,
nada hay grande ni pequeño;

todo es mayor y menor.

△▽

Sueño dorado

Al eminente pintor D. José Villegas

Si Dios a mi vejez guarda el reposo
que tantas veces con afán le pido,
a orillas del Cantábrico brumoso,
lejos del mundo buscaré el olvido.

△▽

A una playa, entre Muros y Salinas,
sediento de quietud, de paz, de calma,
iré a beber las ráfagas marinas
que al cuerpo dan vigor y temple al alma,
y a gozar, esquivando las injurias
del mefítico ambiente madrileño,
las auras aromáticas de Asturias,
que vuelven a mis párpados el sueño.

Entre aquellas montañas colosales
que detienen la nube pasajera,
siempre a mi corazón vuelven leales
los sentimientos de la edad primera.

Mi cuna se ha mecido entre pastores,
a la sombra oscilante de la encina
que mueve, al revolar por los alcores,
el viento de la sierra convecina;

y han arrullado mi niñez las quejas
de la tórtola errante en los oteros,
y el zumbido letal de las abejas
que en España desfloran los romeros;

y mi oído infantil han halagado,
repercutiendo allá de risco en risco,
los silbos del zagal que descuidado
conduce las ovejas al aprisco;

y el sueño he conciliado, pobre infante,
al siniestro gañido del lobato,
y al ladrido del perro vigilante

que en la sombra nocturna guarda el hato;
y más tarde, entre jaras y quejigos,
me han prestado su noble compañía
el potro y el lebel, fieles amigos,
de mi remota juventud un día.

Por eso amo los montes y los valles,
y odio de las ciudades la penumbra
y el sucio ambiente de sus hondas calles
que sólo en el cenit el sol alumbraba;
y por eso, en sus muros confinado
y aspirando su fétido perfume,
soy un viejo alcotán aprisionado
que de tedio en la jaula se consume.

¡Ah, Señor! ¡cuántas pálidas auroras
me han hecho tristes arrugar el ceño!
¡Cuántas noches de angustia, cuyas horas
lentas pasaban sin traer el sueño!

¡Deja, deja a mis ojos ver el ampo
de la nieve en las ásperas montañas!
¡Dame la libre soledad del campo!
¡Dame la alegre paz de las cabañas!

Pueda yo, recostado en una peña,
junto a aquel mar azul que el cielo cubre
dar al olvido, entre la hirsuta breña,
el hedor de esta atmósfera insalubre;

y, vagando por valles y por lomas,
al soplo de los aires vespertinos
respirar confundidos los aromas
de las algas, los henos y los pinos;

y, en las plácidas noches del verano,
entre el rumor del viento y de las olas,
tranquilo adormecerme al son lejano
de las dulces marinas barcarolas;

y, antes que dore el alto firmamento,
la aurora que los cielos engalana,
oír entre la sombra el ronco acento
del gallo, precursor de la mañana,

y de la agria carreta gemidora
el eje rechinante que voltea,
y el rumor de la gente labradora

que principia su rústica tarea;
y, a la trémula voz de la campana
que llama a la oración antes del día,
ver los cielos vestirse de oro y grana
y estremecerse el mundo de alegría,
cuando arden los lejanos horizontes
y los valles recónditos humean
y en las cinias azules de los montes
jirones de vapor al aire ondean.

¿Cuándo podré, a la luz del sol que brilla
reflejado en el agua bullidora,
ver cual se aleja de la seca orilla,
mar adentro, la barca pescadora,
que, moviendo a compás los largos remos
cuando taja las ondas espumantes,
parece destilar por sus extremos
cataratas de líquidos diamantes,
y luego, al viento que su casco azota
soltando el lienzo de una y otra vela,
semeja cenicienta gaviota
que, rasando la mar tranquila vuela?

Logre yo, por la trémula espesura
ir mis informes versos esbozando
sin método, sin orden, sin premura,
conforme el corazón los va dictando,
y al margen del arroyo, en la floresta
que cruce sobre mí sus ramos dobles,
dormir el blando sueño de la siesta
bajo el dosel flotante de los robles;
o estampar en las playas arenosas,
que la brisa del mar liviana orea,
las huellas de mi paso caprichosas
que, al volver, ha borrado la marea;
y sorprender, en alas de los vientos
que vienen de las breñas más lejanas,
como un coro de silfos los acentos
de las dulces canciones asturianas;
y cuando el sol declina al océano
y la noche, al ganar la excelsa altura,
arrastra, por el monte y por el llano,
de su manto talar la fimbria oscura,

a la postrera luz que en tintas rojas
baña las nubes con vistoso alarde,
respirar bajo el palio de las hojas
el balsámico ambiente de la tarde,
y ver, sobre el crepúsculo encendido,
que el ocaso de púrpura jaspea,
los vuelos del murciélago aturdido
que en círculos fantásticos voltea;
y, cual astros que a tierra derribados
lanzó la noche de sus negros tules,
descubrir en los setos y vallados
las pálidas luciérnagas azules;
y por las altas selvas seculares
o por la cresta de la escueta duna
ver como surge de los hondos mares,
el disco silencioso de la luna;
y pasar las veladas de febrero
con la robusta gente campesina,
en torno del hogar donde arde el tuero
perfumando la lóbrega cocina;
y, tras cena frugal junto a las llamas,
el sueño conciliar, con Dios a solas,
al plácido susurro de las ramas
y al confuso bramido de las olas!

¡Oh Asturias, donde la áspera maleza,
corona de la indómita montaña,
recuerda en cada ruina una grandeza
y en cada roca estéril una hazaña!
¡Heroica raza que en el pecho sientes,
con modestia incapaz de conocerlo,
la dulce placidez de los valientes
que realizan prodigios sin saberlo,
tú, a quien conceden, confortando el alma
capaz de toda bélica proeza,
las montañas inmóviles su calma
y el mar embravecido su fiereza,
deja que entre tus rústicos hogares
ponga mi pobre hogar desconocido,
como el águila esquivada de tus mares
en islote desierto labra el nido!

Déjame ver el férvido torrente
que socava el peñón y arranca el brezo,
donde, para beber de su corriente,
con salto audaz el tímido robezo

Los cuatro hendidos pies a un tiempo sienta
sobre la monda vacilante lastra
cuyo contorno el agua pulimenta
con las arenas que en su curso arrastra;

déjame hollar los picos arrogantes
en cuyas cuevas se guarece el oso,
velados por las gasas oscilantes
de tu pardo celaje nebuloso;

y tus prados que duro el viento agita
o en curvas ondulantes mueve el aura,
que el sol canicular nunca marchita,
que el ambiente niarítino no restaura;

déjame oír las olas de tus mares
que al soplo del invierno se alborotan,
y, por minar sus lindes seculares,
los peñascos estériles azotan;

déjame ver la charca cristalina
que en círculos concéntricos señala
el paso de la errante golondrina
si en las diáfanas linfas moja el ala;

déjame ver tus montes contrapuestos
que el horizonte cierran a los ojos
con sus picos indómitos y enhiestos
coronados de pinos y de abrojos,

y recorrer los márgenes floridos
donde entre chopos el Nalón dilata
su tranquila corriente que invertidos
los cerros y los árboles retrata;

y entrar en tus románicas ermitas
cuyo ambiente de paz el alma orea,
y escuchar las leyendas inauditas
que el pueblo religioso fantasea!

Como se clarifica el lago en calma
turbado ayer por el furor del viento,
en tu tranquila soledad el alma
va dejando su turbio sedimento,

y del cespó oleaje se despoja,

y cobra transparencia, y cada día,
desechando un rencor o una congoja,
un átomo de cieno al fondo envía.

¡Concédeme, Señor, que en el reposo
de ese cielo, esos montes y esos mares,
las flores de mi invierno, al fin dichoso,
presente por ofrenda en tus altares!

¡Allí, bogando en plácida bonanza,
el alma regirán, de gozo henchida,
la Fe, la Caridad y la Esperanza,
timón y velas de la humana vida.

Allí, abismado en éxtasis eterno,
lejos de los que gárrulos blasfeman,
me inundará tu amor, cual sol de invierno
cuyos rayos alumbran y no queman.

Allí, del mundo pérfido apartado,
mis dulces noches, mis serenos días,
libres al fin de incómodo cuidado,
leves serán, como ánforas vacías;

y allí, desvanecida la memoria
de todas las falaces ilusiones,
a tu amor, a tu culto y a tu gloria
consagraré mis últimas canciones,

hasta que, ante tu voz que eterna vaga
se extinga entre mis labios la armonía,
como lámpara inútil que se apaga
cuando surge el albor del nuevo día.

△▽

En la montaña

Arroyo que, en las alturas
donde vida y jugo das
a estas verdes espesuras,
de peña en peña murmuras
sin decirme adónde vas:

de tus aguas cristalinas
ni nombre ni origen sé,
ni, entre cerros y colinas,

△▽

por qué vertiente declinas,
hasta besarles el pie.

Mas tu linfa que, al pasar
a este bosque presta savia,
sé que al fin ha de pagar
tributo al Nalón o al Navia,
y Navia y Nalón al mar.

Sí; que por sotos umbríos
o por selvas seculares
o por desiertos baldíos,
las fuentes van a los ríos,
y los ríos a los mares.

Por eso, cuando fluir
te veo para bajar
y nunca para subir,
no sé por donde has de ir,
¡mas sé dónde has de parar!

¡Parar!... ¿Pararás acaso
cuando del mar infecundo,
que te ha de cortar el paso,
por oriente o por ocaso
llegues al seno profundo?

No; que con saña cruel,
tus apacibles corrientes,
perdidas al fin en él,
aumentarán el tropel
de las olas inclementes,
y, si el huracán las toca
cuando sobre ellas se explaya,
correrán con furia loca
bramando de roca en roca,
gimiendo de playa en playa.

Y no han de parar tus males
en esa dura faena,
ni siempre irán tus raudales
quebrantando sus cristales,
ya en el cantil, ya en la arena:

no; que en ligeros vapores
y en lluvia de ellos caída,
darán, por montes y alcores,
a otras fuentes y a otras

flores nuevo curso y nueva vida.

Pero ¡ay!, tristes o rientes,
¿cuándo volverás a ver
en tus formas diferentes
a esas flores y a esas fuentes
que hoy te prestan gala y ser?

¡Triste destino que alcanza
cuanto es y será y ha sido!
¡Siempre la eterna esperanza!
¡Siempre la eterna mudanza!
¡Y siempre el eterno olvido!

△▽

Después de la borrasca

A mi amigo don Juan García Aldeguer

Pasaron las tormentas y los ciclones
que de mi vida fueron reciente norma;
pero el cielo, manchado de nubarrones,
de la última borrasca guarda la forma.

Aunque mansas las brisas mi playa olean
y el mar de mi conciencia duerme sereno,
aún a veces mis versos relampaguean,
y aún su acento recuerda la voz del trueno.

Tal vez su mole abrupta lejano monte
de peñascos revueltos muestra erizada,
y en el límite extremo del horizonte
una erupción semeja paralizada.

Y no es absurdo símil en que se place
turbada o caprichosa la fantasía:
aquella masa yerta que inmóvil yace,
antes de ser granito fue lava un día;

¡lava, lava candente que a borbotones
en cúmulos inmensos se amontonaba!-
¡No es mucho que la forma de sus peñones
a la vista recuerde que fueron lava!

△▽



Ceniza

Al Conde de las Almenas

Ya se apaga confuso el vocerío
del pueblo que a la crápula se entrega:
como murmullo de profundo río,
ya a mis oídos indistinto llega
el lejano rumor de gran gentío.

¡Locura que horroriza!
¡aun no ha dos horas, turba tornadiza,
que, al pie de los altares prosternada,
sobre la frente de pavor helada,
temblando recibiste la ceniza!
«Recuerda que eres polvo, polvo vano»-
te dijo al extenderla el sacerdote-
«y en polvo pararás»,
¡Mortal liviano!
y ya, olvidando el anunciado azote,
tu licencioso carnaval renuevas
cubierto de careta fementida,
¡cual si no te bastara la que llevas
en el curso ordinario de la vida!

Deja tu mascarada escandalosa,
y ven a meditar donde te espero:
aquí, lejos del mundo vocinglero;
aquí donde, siniestra y misteriosa,
habla la muerte su lenguaje austero.

Aquí, contra esos fúnebres umbrales,
se estrellan las humanas saturnales;
con silencio profundo
callan, aquí las locas bacanales;
aquí se ve la pequeñez del mundo



al través de esas losas sepulcrales.

Aquí la frente erguida
que del fétido légamo nacida
tuvo en alto desprecio al ser humano,
hoy, en vil podredumbre convertida,
ya reconoce al polvo por hermano.

Aquí, donde en el fondo de la huesa
toda humana existencia se derrumba,
el inquieto gusano de la tumba
nunca en su destructor trabajo cesa.
Mal su afán con el ocio se concilia:
para él no hay fiesta, ayuno ni vigilia.
Todo, en servirlo, su eficacia emplea;
todo sucumbe a su poder insano:
cuando Dios Soberano
mundos y mundos de la nada crea;
su omnipotente mano
prepara el alimento del gusano
que voraz en las tumbas hormiguea.

Ven, pues: mi llamamiento no te asombre;
que al fin has de venir, mal que te cuadre,
donde vino tu padre,
¡donde vendrá el postrero de tu nombre!
¡Ven, que no has de esquivar el lecho duro,
ni el triste nicho oscuro,
ni la pesada lápida inclemente
que los abismos del sepulcro cierra,
¡ni el vil montón de tierra
con que el pisón oprimirá tu frente!
¡Verdad inolvidable y olvidada!
¿Ves esa loca turba enmascarada
que, en ciego torbellino,
cual agua de su cauce desbordada,
persiguiendo el placer corre sin tino?
Síguela en su carrera atropellada:
quizá de pronto la verás, curiosa,
en fantástico círculo apiñada
inquirir afanosa
algo que, al fin sabido, la anonada.
¿De qué nace su extraño desconcierto?

¿de qué su admiración? ¿de qué su espanto?
¿qué ocurre, en suma, para asombro tanto?-
caso imprevisto! ¡que un mortal... ha muerto!

¡Bebed! ¡reíd! ¡cantad! La alegre mesa
rebosa de manjares y de risa.

¡Bebed! ¡reíd al borde de la huesa!-
el gusano fatal no tiene prisa.

No lo olvides, ignaro libertino:
en el curso fatal de tu destino
será feliz o mísera tu suerte;
pero siempre hallarás en tu camino
segura una catástrofe: la muerte.
De tu fortuna, próspera o contraria,
no has de hallar quien el fin mude ni aplace:
la acción de la tragedia será varia,
pero siempre es igual el desenlace.

¡Necios magnates, de ambición beodos:
por más que la fortuna caprichosa
reparta su favor de varios modos,
hemos de ser, unidos en la fosa,
ante Dios una vez iguales todos!

¿Iguales?- No; que aun en la tumba helada,
poniendo a su locura el postrer sello,
la soberbia del hombre, desbocada,
con insolente alarde yergue el cuello.-
«Este -dice la losa blasonada-
es el grande, el magnánimo, el potente
a cuyo paso audaz temblaba el mundo;
éste el que al cielo levantó la frente,
de reyes descendiente,
gran soldado, político profundo;
éste el que, ardiendo en generoso anhelo,
al universo entero tuvo en guerra;
éste...»

-¡Necia jactancia! ¡mira al suelo!
¡estos son ¡ay! los siete pies de tierra
con que nuestras grandezas mide el cielo!

¡Oh mortal miserable!
por más que tu soberbia desatada

de tu prosapia y tu poder nos hable,
tu estirpe está de antiguo averiguada:
¡siempre serás, reptil abominable,
hijo del cieno y nieto de la nada!

Sarcófagos, sepulcros, panteones,
engendro del humano desvarío,
que en frisos y frontones
profanáis con hinchadas inscripciones
la austera palidez del mármol frío;
profundos hipogeos
so las altas pirámides cavados;
soberbios mausoleos,
bajo el peso de bélicos trofeos
y alabanzas pomposas agobiados;
sepulturas que, en forma artificiosa
disimulando el hueco de la tierra,
procuráis disfrazar la negra fosa,
boca insaciable que jamás se cierra;
cenotafios de lápida historiada
que fingís ocultar a humano ojos
los humanos despojos,
perdidos en las fauces de la nada;
mole desmesurada de Adriano,
aun firme en tus recónditos cimientos;
arrogante columna de Trajano,
desprecio de los siglos y los vientos,-
más bien que funerarios monumentos,
condensaciones del orgullo humano:
¡levantad vuestras cúpulas altivas!
¡levantad vuestros fustes esculpidos!
¡subid hasta las nubes fugitivas,
de regia pompa y vanidad henchidos!
¡subid! ¡subid! ¡subid hasta lo sumo
de la etérea región oscura y vana!
¡elévate sin fin, soberbia humana!-
¿cómo no has de elevarte si eres humo?

¡Mas no esperes la gloria
de arrancar al olvido tu memoria!
Hombres sin religión, hombres impíos

que, impasibles y fríos,
con siniestra sonrisa desdeñosa
vais echando revueltos en la fosa
los rígidos cadáveres sombríos,
¿por ventura esperáis que, más piadosa,
conservará la suerte
vuestra memoria al siglo venidero?
¿pensáis, quizá, pensáis que es tierra inerte
lo que cubre ese asilo postrimero?
¡Olvido, negro olvido es lo que vierte
sobre el lívido rostro de la muerte
la pala del brutal sepulturero!

¡Oh mortal engreído!

En vano tu soberbia soñadora
resistir un instante ha presumido
a la acción de la Muerte destructora:
¡lo que el gusano inmundo no devora
lo devora el olvido!

Entra en Nínive, en Menfis, en Esparta;
revuelve sus arenas movedizas;
en su desolación los ojos harta,-
y busca de sus héroes las cenizas.
¡Ni aun en la piedra se salvó su historia!
¡todo al paso del tiempo se derrumba!
¡nada de ellos allí guarda memoria!
¡mudo el mármol! ¡anónima la tumba!

No preguntes qué fue de aquellos hombres:
¡sordos están sus huecos cenotafios;
y, borrados emblemas y epitafios,
ni el sepulcro se acuerda de sus nombres

Mas ¡ay! aunque tu afán colmado vieras
y tu fútil propósito cumplido;
aunque, de boca en boca repetido,
tu renombre a los siglos transmitieras,
¿qué es esa edad futura
de quien su fama tu soberbia fía?-
¡leve pavesa que un instante dura,
y al fin se apaga en la garganta oscura
de la siniestra eternidad sombría!
Vendrá, vendrá del mundo el postrer día,

y, el plazo al fin cumplido
y el lazo universal al fin disuelto,
cuanto fue de la nada redimido
a la nada otra vez será devuelto.
¡Necio afán infecundo!
¿Dónde irá entonces, di, la humana gloria,
cuando no haya ni mundo
ni tiempo en que se albergue su memoria!
¡Oh! ¡la nada! ¡la nada!
¡tal es, cuando se acerca la partida,
la fatídica imagen enlutada
que descubre, de horror sobrecogida,
el alma en el placer encenagada!
¡Vanidad! ¡vanidad! -¡oh! ¿qué es la vida?
¡Viento fugaz perdido en el espacio!
¡Viento es la choza! ¡Viento es el palacio!
¡Viento es la fama, en vano conseguida!
¡Todo en el mundo es viento!
¡Y de viento va henchida
la capucha del monje macilento!

Mas no: si a Dios tu espíritu se eleva
y en la esfera inmortal del bien se arroba,
no temas, no, la irremisible prueba:
la Muerte, hambrienta como hambrienta loba,
cuando en tu ser mortal el diente ceba
sólo la vil mortalidad te roba.

Si estás a recibirla prevenido,
no te asuste su aspecto misterioso:
ella ofrece la calma y el reposo
al triste pecho de dolor transido.
En sus dichas la execra el venturoso,
y en sus penas la invoca el afligido:
¡sus alas, que con pródigo derroche
dispersan cuanto Dios potente cría,
negras parecen a la luz del día,
y blancas en las sombras de la noche!
Ella en este lugar dice a tu oído:
«pobre mortal que, entre cuidados graves,
quizá en altos estudios abstraído,
la fugaz existencia has consumido,
si no sabes morir ¡necio! ¿qué sabes?»

Óyela; y por tu bien sin tregua mira;
quizá la hora fatal esté cercana:
¿sabes tú acaso si verás mañana
la luz de ese crepúsculo que expira?
¡Ah! ¡ven aquí, donde a morir se aprende!
¡ah! ¡ven aquí, donde entre tierra y cielo,
cual águila que audaz las alas tiende,
la mente gira con tranquilo vuelo!

Por eso vengo yo, triste y rendido,
a confortar el ánimo cobarde,
cuando, cubriendo al mundo adormecido,
su morado crespón tiende la tarde.

Aquí, donde al sepulcro sus despojos
rinde la humanidad, en triste calma
presentan a mi mente y a mis ojos
ceniza el cuerpo, y luz eterna el alma
Pero, aunque en este solitario asilo,
tan dulce, tan sereno, tan tranquilo,
con empeño constante
mi esperanza y mi fe buscan su centro
y la eterna verdad hallan delante,
siempre, en todo lugar, a cada instante
iguales espectáculos encuentro;
y, soñador inquieto y errabundo,
si busca luz mi oscura inteligencia,
miro a Dios cuando brilla en mi conciencia,

¡y, si busco ceniza, miro el mundo!

△

Calmante

Coro inmenso de voces rumorosas
que en la tranquila soledad resuenas
y de misterio incomprensible llenas
las horas de la siesta perezosas:
zumbar de las abejas officiosas
en torno de las pródidas colmenas;
murmullo de la mar en las arenas

△▽

por las desiertas playas cadenciosas:
de mi existencia en el desnudo yermo,
sobre la superficie movediza,
con vuestro dulce cántico me duermo.
¡Así, cuando el dolor le martiriza,
concilia el sueño al fin el niño enfermo,
al sabido cantar de la nodriza!

△▽

Confidencia

A Leopoldo Alas

Oye lo que, en ronco estruendo
que hizo la playa temblar,
ayer me dijo la mar,
ya bramando, ya gimiendo:-
«No temas, alma sombría;
que, puestas en parangón,
hermanas gemelas son
tu suerte y la suerte mía.

△▽

Rivales en arrogancia
como en inquietud rivales,
dechados somos iguales
de soberbia y de inconstancia.

Ya verde, ya azul, mi velo
mudable y tornasolado
no es tan verde como el prado
ni tan azul como el cielo;

Porque a mi altiva fiereza
no dio la fortuna impía
ni la terrena alegría
ni la celeste pureza.

Mi líquido turbulento,
que los peñascos disloca,
no es duro como la roca
ni impalpable como el viento;

mas, si en batirlos se empeña
sus fuerzas menospreciando,
terror infunde luchando
con el viento y con la peña.

Cuando olvido mis furores,
en mi cristalino espejo
los claros cielos reflejo,
y me tiño en sus colores;

pero, si espeso capuz
de negras nubes levanto,
yo misma fabrico el manto
que me priva de la luz,

Aunque el ansia me da guerra
de competir con el cielo,
también me aqueja el anhelo
de parecerme a la tierra;

y, abultados por la bruma
con apariencias extrañas,
finjo valles y montañas
y ventisqueros de espuma.

Si gigantescas se empinan
mis olas, que inmensas crecen,
conforme avanzan parecen
cordilleras que caminan:

de tal modo, que, al mirar
mi faz y la de la tierra,
con quien siempre vivo en guerra,
no sabe el hombre afirmar

si son montes, cuando hinchadas
limitan los horizontes,
mis olas, o si sus montes
son olas petrificadas.

Cuando altiva me alboroto
y airada con ella riño,
por todas partes la ciño
y en todas partes la azoto;

pero mi cólera enfrena
la misma que la provoca,
con un pedazo de roca,
con un puñado de arena;
y, aunque mi peso la abruma,

se burla de mis furores,
porque todos mis rencores
se resuelven en espuma.

Versátil, voluble, inquieta,
todo me altera y me irrita:
el cielo me solicita,
la tierra vil me sujeta;
y esclava, va de mi amor,
ya de mi cólera vana,
para ser el alma humana
sólo me falta el dolor.»

△▽

El progreso

I

Cuando severa la Historia,
sin flaqueza y sin encono
separe el oro y la escoria,
la Ciencia será la gloria
del siglo decimonono.

Hombre, que incansable alientas,
y, en medio de tus furores
y de tus luchas sangrientas,
con noble ambición aumentas
la herencia de tus mayores:
por tu esfuerzo nunca vano,
por tu incesante inquietud,
hoy el espíritu humano,
de la tierra soberano,
se acerca a su plenitud,
y tu atrevida razón
tan diligente camina,
que, a cada generación,
de la infinita ecuación
una incógnita elimina.

Dignas de tus ambiciones,

△▽

dejan absorto el sentido
las fuerzas de que dispones
cuando a tu servicio pones
lo heredado y lo adquirido;
y tanto los vuelos crecen
de tu genio singular,
que, aunque indómitos parecen,
tus caprichos obedecen
cielo, tierra, viento y mar.

Ya, de su magia seguros,
los modernos Zoroastros
con poderosos conjuros,
por los espacios oscuros
paran y mueven los astros.

Copérnico el movimiento
negó al sol; y, en su ilusión,
clavándolo al firmamento,
repetir creyó el portento
que vio absorto Gabaón;
y la Tierra, que pasmada
tal propósito veía,
de su asiento desquiciada,
por una elipse cerrada
girando en torno corría.

Mas hoy, rendido al poder
de otro genio colosal
que más claro logró ver,
el sol, se vuelve a mover
y la elipse es espiral.

Si la esfera cristalina
algo a tu vista vedó,
ya tu inducción peregrina
por indicios adivina
lo que ver no consiguió:
el astro que en las regiones
del éter frunce o dilata
la curva en que lo supones,
con tales aberraciones
nuevos astros te delata;
y, a guarismo reducidas

sus señas, que bien comprendes,
por sendas de ti sabidas
entre las mallas tupidas
de tu cálculo los prendes.

Es tan segura y tan alta
la ciencia que sorprenderlos
logra cuando el cielo asalta,
que ni verlos le hace falta,
pues los conoce sin verlos.

Mas, de aparatos provista
tu salaz observación,
cuando les sigue la pista
corroboras con la vista
lo que anuncia la razón;

los planetas colosales
cuyo lejano reflejo
no alcanzan ojos mortales,
como alondras al espejo
se acercan a tus cristales

y si hay partes del gran todo,
que aun no logras ver así,
ésas, por distinto modo,
muestran en secreto al yodo
lo que te ocultan a ti.

Tú de la luz cenital
disuelves el arrebol,
y, por arte magistral,
con un prisma de cristal
destrenzas el rayo al sol;
en premio de tus desvelos,
el signo de paz te apropias
que Dios extendió en los cielos,
cuando sobre blancos velos
las tintas del iris copias,

del iris, cuyos fulgores
alegran la inmensidad:
listón de siete colores
que en su manto de vapores
despliega la tempestad.

Los cuerpos opacos pueblas
con los fantasmas que evocas;
y, desvaneciendo nieblas,
hallas luz en las tinieblas
y transparencia en las rocas.

¡Portento de los portentos!
Hasta el astro misterioso
que cruza los firmamentos
te anuncia sus elementos
con su rayo luminoso;
y, a negra placa sombría
que tu industria le prepara,
su firma en rayas envía:
profunda taquigrafía
con que su esencia declara.

Y, si sagaz adivinas
lo que el ancho espacio encierra
y a los cielos te avecinas,
¡con qué prodigios dominas
el mar, el viento y la tierra!

Los peligros afrontando,
resistencias vas venciendo,
ya las olas dominando,
ya los montes taladrando,
ya los nublados hendiendo.

Hoy el marino navega
seguro de polo a polo;
que, cuando al agua se entrega,
lleva el viento en su bodega
como en sus antros Eolo.

Allí, en caldera bullente,
se fragua la tempestad
que, a, su mandato obediente,
voltea la hélice ingente
con rauda velocidad.

Dos aspas, girando aprisa
(terror del sollo y la chopá),
son alas de dócil brisa,

que, a sus órdenes sumisa,
hieles siempre al barco en popa.

Por seguro derrotero
sobre el ondulante charco
va el piróscapo ligero:
mientras vela el marinero
no teme choques el barco;
que, en rutilante guirnalda,
para dar cuenta de sí
lleva un diamante a la espalda.
Y a la diestra una esmeralda,
y a la siniestra un rubí.

Ya tranquilo se desliza,
sin miedo a médano u hoyo,
sobre el mar que el viento riza:
ya no hay banco ni baliza
ni fondeadero sin boya;
tras la niebla, en triste acento
la sirena gime al pie
del cantil, y en su lamento
delata al escollo el viento,
que ayer su cómplice fue;
el faro su luz tranquila
derrama en la inmensidad:
ojo insomne que vigila
con encendida pupila
la nocturna oscuridad;
y así, cuando el firmamento
sus astros al mundo niega,
puede el navegante atento
saber a cada momento
por qué regiones navega;
que, en varias combinaciones
de luces y de cristales,
sobre la costa dispones
brillantes constelaciones
de estrellas artificiales.

Pero, en tu ardiente heroísmo,
sin temores ni recelos,
quieres vencer por ti mismo

a los monstruos del abismo
y a las aves de los cielos:
con audaz intrepidez
penetras en la onda fría
y exploras su lobreguez,
compitiendo con el pez
nacido en la mar bravía;
y, flotante monumento,
de tu audacia sin rival
aspirando al firmamento
se eleva el globo en el viento
más que el águila caudal.
Si hoy su inmensa mole vana
cede a la racha enemiga
que juega con él liviana,
los cuatro vientos mañana
serán su dócil cuadriga.

La peña, horadas cual barro
para trasponer el cerro,
y con esfuerzo bizarro
unces la nube a tu carro
sobre dos barras de hierro.

Sin absurdos exorcismos
transformas los horizontes,
y sin graves cataclismos
vas colmando los abismos
y perforando los montes.

Tú los macizos ahuecas
de sus entrañas profundas,
las cumbres en llanos truecas,
los anchos lagos desecas
y los desiertos inundas.

Más que las manos de Alcides
son poderosas tus manos:
los mundos pesas y mides,
los continentes divides
y juntas los Océanos.

Aunque se oculte a tu vista,

a tu mandato severo
no hay fuerza que se resista:
la luz es tu retratista,
y el rayo tu mensajero.

Por férreos hilos tendidos
corre de aquí para allí;
en puntos por ti elegidos,
con cifras y con sonidos
escribe y habla por ti;
y, sin que logren cortar
su curso el agua ni el viento,
que no lo sienten pasar,
une a las olas del mar
las olas del pensamiento.

Ya, por un cable entesado,
veloz el globo circunda,
ya, en un alambre encorvado
rendido y aprisionado,
los aires en luz inunda;
y en las noches consagradas
al estudio o al solaz,
con ambas alas cortadas
ilumina tus veladas
el relámpago fugaz.

Por ti a la palabra esquiva
del ignorante o del sabio
no hay ya distancia excesiva:
por un hilo corre viva
cual vibra al salir del labio.

Por ti halagan el oído
voces ausentes o muertas;
que, en un cilindro esculpido,
guardas el eco dormido,
y de un soplo lo despiertas.

Mísero acento mortal:
con tus dulces inflexiones
o tu iracundia brutal
te gozarán perennal
futuras generaciones.

Gracias al rayo veloz

que en tu mano centellea,
hombre incansable y precoz,
eterna es desde hoy la voz,
como es eterna la idea.

Tanto los ímpetus crecen
de tu genio singular,
que, aunque indómitos parecen,
tus caprichos obedecen
la tierra, el viento y el mar.

¡Hombre! ¡tu inmensa potencia,
que ayer era vaticinio,
ya es innegable evidencia!
¡Tu augusto cetro es la ciencia,
y el planeta tu dominio!

¡Merced a la luz subida
que en torno de ti derramas
como lluvia bendecida,
hoy el árbol de la vida
cubre el mundo con sus ramas!

II

Pero, aunque el orbe sumiso
ves a tu genio inmortal,
en tu nuevo paraíso
que renuncies es preciso
al árbol del bien y el mal,

¡El bien y el mal! ¡Cara ciencia
que te arrojó del Edén
y te costó la inocencia!
y al fin -responde en conciencia-
¿Qué sabes del mal y el bien?

Bien, para la ciencia humana
cuando lo intangible explica,
es palabra hueca y vana
a que tu razón liviana
conceptos sin fin aplica.

Siempre, de constancia ajeno.
tomas, tras breve intervalo,
la triaca por veneno:
lo que ayer fue malo es bueno;
lo que ayer fue bueno es malo.

Hoy las naciones aherrojas,
mañana expulsas los reyes;
y, entre mortales congojas,
como la selva sus hojas
mudas costumbres y leyes;
que, en perdurable ansiedad
y en insensato furor,
miserable Humanidad,
tu verdad sólo es verdad
después de haber sido error.

Y no es que, a puro ascender
por la esfera soberana,
nuevos astros logres ver:
¡no tal! ¡el error de ayer
error vuelve a ser mañana!

La estrella que vacilante
se hundió en el triste Occidente
de tu horizonte inconstante,
con resplandor más brillante
vuelve a surgir por Oriente.

En alterna sucesión,
pasan por el fondo oscuro
de tu confusa razón
las ideas de Platón,
los átomos de Epicuro.

Uno te baña en el lodo,
otro en la luz increada
quiere fundirte a su modo:
Hegel te da su Dios Todo;
Schopenhauer, su Dios Nada;

Y hoy, con retorno imprevisto
por tu inteligencia ruda,
de nuevas armas provisto,
frente a la gloria de Cristo
su nirvana sienta Buda.

¡Y, si orgulloso depones

los ídolos con que pueblas
tus absurdas religiones,
todas tus exploraciones
se pierden en las tinieblas:

En esa región sombría
que sonda tu mente ociosa,
nada alcanzan, alma impía,
tu vana filosofía
ni tu ciencia cautelosa.

¿Qué importa! Con estupendo
valor, el cielo explorando,
sus senos vas revolviendo,
unas veces discurriendo
y otras veces observando.

Ya, con ridículo error,
piensas hallar la evidencia
cuando empuñas *la mayor*,
desenvainas *la menor*
y ensartas *la consecuencia*.

Y, en la ilusión que después
te ocasiona ese embolismo,
al Ser absoluto ves
encerrado entre las tres
paredes de un silogismo;

ya, prudente y sabihondo,
con tal jerga no te ofuscas:
quieres ver mundo y lirondo,
al mismo Dios; -y en el fondo
de tu retorta lo buscas.

Ingredientes preparando,
el uno del otro en pos
en ella los vas echando,
y aguardas que fermentando
salga la Esencia de Dios:

salvo (¡como es natural!)
condenarlo en rebeldía
con sentencia capital
cuando, citado, en su día
no acude a tu tribunal.

Con prudente rigorismo,
toda hipótesis repudias,

y, a solas contigo mismo,
miras, observas y estudias
la piedra y el organismo.

Ves que al hierro busca el rayo..
ves que palpita la arteria...
y, después de cada ensayo,
repites para tu sayo:-

«¡Son leyes de la materia!»

Y como, firme y certero,
todo, entre uno y otro polo,
sigue su ley, dices fiero:-
«pues el reloj anda solo,
¡no hace falta relojero!»

Y, cuando de tu sistema
eliminás a Elihú,
sacas, por final teorema,
que hay una Fuerza suprema,
y esa fuerza no eres tú.

Conoce al pastor la grey,
conoce el siervo al Señor,
conoce al gañán el buey; -
y tú, que encuentras la ley,
niegas al Legislador.

Si alzarte quieres a Él,
tus sistemas son colosos
como esa férrea Babel
que en París levantó Eiffel
para recreo de ociosos:

pirámide irregular
que ni a los ojos agrada
ni se sabe a qué aplicar;
maravilla singular
que no sirve para nada;

obra inútil que, aunque dé
a su autor claro renombre,
es capricho puesto en pie,
de donde sólo se ve
la gran pequeñez del hombre.

Sabio que nunca te humillas,
y estudias, para negarlas,
las celestes maravillas:

¡A Dios se va de rodillas!-
¡Y tú no sabes doblarlas!

Ni tu ciencia analizarlo
ni tus ojos pueden verlo;
y en balde esperas hallarlo,
si en vez de reverenciarlo
te empeñas en comprenderlo.

¿Abarcar quiere tu mente
lo infinito?-¡Estás lucido
si ignoras, pobre demente,
que ha de ser lo continente
mayor que lo contenido!

¿Cuándo más grande, alma terca,
será el puñado que el puño,
ni el cercado que la cerca,
ni el tornillo que la tuerca,
ni la moneda que el cuño?

En vano será que gires
del uno al otro confín
y que obcecado delires:
por donde quiera que mires
no has de hallar a Dios el fin.

¡En vano, entre los escombros
de una y otra religión,
buscas prodigios y asombros,
si no nacen en tus hombros
las alas de la oración!

Con ellas se tiende el vuelo,
con ellas se alcanza todo,
mas tú, sin mirar al cielo,
te revuelcas en el suelo
como un reptil en el lodo.

Desde él, con cerviz enhiesta,
lanzas a la eternidad
tu irreverente protesta,
como tu saber compuesta
de soberbia y ceguedad.

Pero Dios, a quien provoca
tu voz moviéndole guerra,
desprecia tu furia loca,
y al fin te tapa la boca

con un puñado de tierra.

Entregada a tu razón
la ciencia del bien y el mal,
y mudo tu corazón,
al par de tu religión
corre ciega tu moral.

Con descabellado intento
y absurda soberbia vana,
pides al entendimiento
lo que es en la vida humana
producto del sentimiento.

Buscas en la inteligencia
los frutos del corazón:
¡Y la paz de la conciencia
no sabe darla tu ciencia
ni lograrla tu razón!

¡Ah! lo que Bacon inquieto
no pudo en su genio hallar,
lo hallaron, claro y escueto,
en su ergástulo Epicteto
y Job en su muladar.

Y esa fuerza, que renombre
no busca, ni lucro en pos,
se llama, con vario nombre,
Virtud, si la alcanza el hombre;
Gracia, si la otorga Dios.

Ella a la ley soberana
la frente serena inclina,
y es su misión lisa y llana
de la voluntad humana
a la voluntad divina.

Al talento más experto
se aventaja el corazón
cuando a Dios se ofrece abierto;
que el bien no está en el acierto:
el bien está en la intención.

Sin más código moral
convertirás en edén
este infierno terrenal:
el bien es querer el bien;

el mal es querer el mal.

Mas ¡ay!, al error propicia,
tu torpe naturaleza
los dones más altos vicia:
Eva te dio su malicia
y Adán te dio su flaqueza.

De tu saber engreído
frunces la nublada frente;
que, soberbio y descreído,
siempre te halaga el oído
la lengua de la serpiente.

Nunca tus actos se rigen
por la sencilla virtud;
y en eso tienen su origen
los afanes que te afligen
de la cuna al ataúd.

¿Qué vale que tu razón
su imperio en el mundo ejerza,
si, en constante agitación,
más deprisa que tu fuerza
va creciendo tu ambición?

Poco importa que del trueno
disponga tu voluntad:
jamás vivirás sereno
mientras lleves en el seno
la soberbia y la impiedad.

Ni aun ahuyentando la muerte,
ni aun suprimiendo el dolor,
feliz consiguieras verte:
¿Qué te vale ser más fuerte,
si no sabes ser mejor!

¡Y, mientras en lucha vana
te das a ti mismo guerra,
pretende tu mente insana
dirigir la caravana
de los hombres por la tierra!

¡Ay! ¡aunque indagues ladino
las leyes que el orbe rigen,
mal trazarás tu camino
desconociendo tu origen

e ignorando tu destino!

Por saberlos, iracundo,
das tormento a tu razón;
y, con esfuerzo profundo,
por la evolución del mundo
calculas tu evolución.

Mas ni esa base ilusoria
te da firme fundamento
para adivinar tu historia:
¿te es, por ventura, notoria
la suerte del firmamento?

Ya supones que, apagados
los soles, a ellos caerán
los planetas despeñados,
y, por el choque incendiados,
nebulosas formarán,

que, por los anchos abismos
de los espacios profundos,
con sus elementos mismos
darán, en nuevos guarismos,
origen a nuevos mundos;

ya llegas a presumir
que la Fuerza persistente
dejará de persistir,
o, en las esferas latente,
sueño eterno ha de dormir,

y los astros, a millones
parecerán, apagados
en las etéreas regiones,
negro enjambre de moscones
en éxtasis arrobados.

¡Oh, si por frutos opimos
lograra tu entendimiento
agregar a sus esquimos
la historia de esos racimos
que penden del firmamento!

Si el cielo abarcar pudieras
y entre tus manos avaras
al fin cogido lo vieras,
¡con qué placer lo exprimieras
y de un sorbo lo apuraras!

Mas, si por milagro un día
tanto hiciera tu poder,
ni aun así se aplacaría
esa eterna sed impía
de inquirir y de saber:

 juzgando verdades claras
cuanto tu mente ideó,
si el secreto a Dios robaras,
aún conocer intentaras
lo que nunca Dios soñó.

 Junto al borde del abismo
vagas triste y macilento,
engañándote a ti mismo
con el falaz espejismo
de tu propio pensamiento;

 y tras él, de breña en breña,
tu inteligencia sin fe
desbocada se despeña:
tanto anhela cuando ve,-
y piensa ver cuanto sueña:
¡crisálida misteriosa
que, si lo futuro escarba
y lo pasado desglosa,
no sabe si ha sido larva
ni si ha de ser mariposa!

 Hablas de males y bienes;
y, cuando te encumbras más
y por más sabio te tienes,
ni sabes de dónde vienes,
ni sabes adónde vas.

 Ya imaginas que a tu oído
llegan los cantos triunfales
del hombre futuro, henchido
de venturas terrenales
en progreso indefinido;

 ya supones, sin embargo,
cansado de progresar
y hallando el camino largo,
que al fin podrás en letargo
delicioso reposar.

 ¡Falso ensueño esplendoroso!

¡Ilusión risueña y vana
pensar que, en ocio dichoso,
solaz encuentre y reposo
tu rendida caravana!

La idea que sin sosiego
persigue tu fantasía
soñando alcanzarla ¡ciego!
es la columna de fuego
que en el desierto te guía.

Tras ella caminarás
siguiendo su rumbo incierto,
mas nunca la alcanzarás:
por ella progresarás;-
pero siempre en el desierto

Humanidad que, sin tino,
fatigada de marchar
buscas fin a tu camino:
¡no es arribar tu destino!
¡Tu destino es caminar!

¡Moisés! ¡Moisés! ¡no te entregues
a grata ilusión mentida!
¡Por mucho que al cielo ruegues,
morirás antes que llegues
a la tierra prometida!

¡Nunca esa tierra ilusoria
premio de tu afán será!
¡Cuando alcances en la gloria
la palma de tu victoria,
ni tierra ni mundo habrá!

Mas no cejes receloso,
hombre, si Dios no te escucha;
que es empeño candoroso
buscar fijeza y reposo
donde todo es cambio y lucha.

Comprende al fin el misterio
que tu alto destino encierra:
la vida es un cautiverio;
y, aunque es la tierra tu imperio,
¡no es tu galardón la tierra!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

